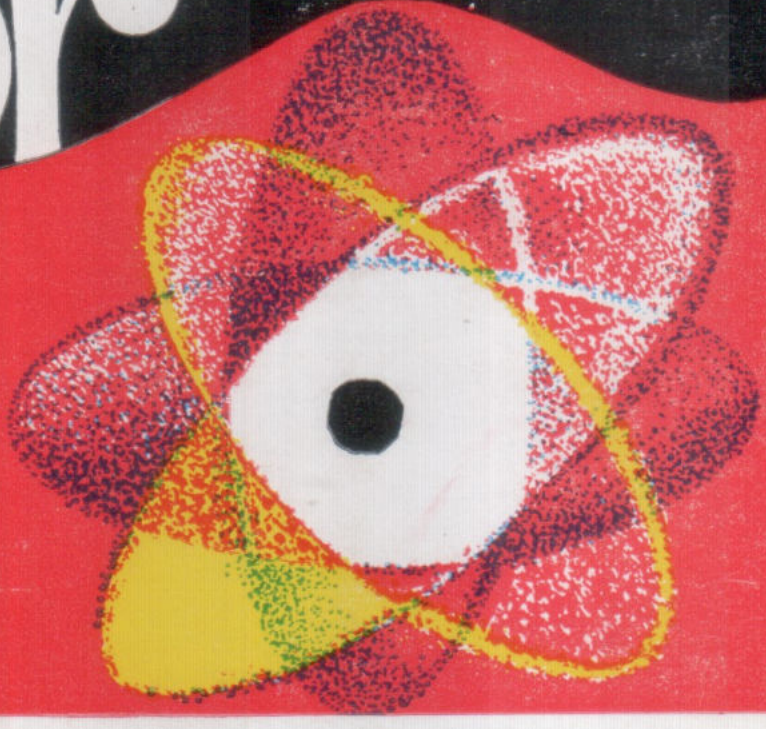
A Dios por el Átomo



VILA

SAMUEL VILA

A DIOS POR EL Atomo

SAMUEL VILA

CLIE

Literatura Evangélica

© por CLIE.

Reservados todos los derechos de reproducción. Ninguna parte de este libro puede ser impresa sin el permiso escrito de los editores, con la excepción de breves citas.

Responsable de la edición:
El autor, D. Samuel Vila - Blasco de Garay, 134 - TARRASA (Barcelona)

6.ª edición española 1970

Depósito Legal B. 38477 - 1970

Impreso por VIMASA - Industrias Gráficas
Dr. Moragas y Barret, 113-115 - TARRASA

Printed in Spain

INDICE

Nota preliminar 9

I. — CASUALIDAD O SUPREMA INTELIGENCIA 15

Las Leyes de la Naturaleza. Límites del ciego impulso. El cálculo de probabilidades.

II. — DEL ATOMO A DIOS 27

Los átomos esenciales. Resultados de la asociación atómica. Estructura del átomo. Los electrones forman parte integral de la materia. El secreto de la diversidad de la materia. La diversidad de átomos prueba de la existencia de Dios. La materia orgánica y la inorgánica. La maravilla de la célula viva. Un "robot" humano y la obra de Dios. El secreto capital del átomo. El secreto de la bomba atómica. El misterio de la luz. Un mundo de luz congelada. Materia y espíritu. El concepto científico de Dios. ¡Al final... Dios!

III. — LA INMENSIDAD DEL UNIVERSO Y LA PRESENCIA DIVINA 57

Las galaxias. ¿Qué es Dios? El planeta Tierra y el Universo. El hombre como imagen de Dios. ¿Qué nos diferencia de los irracionales? Cualidades superiores del ser humano. El hombre puede pensar en Dios.

Cosas inconcebibles pero reales. Dios puede pensar en el hombre.

IV. — DIOS EN LA NATURALEZA 75

La nueva inquietud religiosa. ¿Qué podemos creer?

V. — ¿SE HA REVELADO DIOS A LOS HOMBRES? 83

Finalidad de las obras de la Naturaleza. El modo de la revelación. Dios no se revela al capricho humano. Adhesión voluntaria o conexión. El mundo se halla a prueba.

NOTA PRELIMINAR

¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Cuál es el origen de las cosas que nos rodean? ¿Por qué razón existen como son? Tales preguntas ha venido haciéndoselas la Humanidad a través de los siglos.

El hombre es filósofo por naturaleza; lo ha sido desde su aparición sobre el planeta, porque la filosofía va unida a la inteligencia como el calor al fuego y la luz al sol. Filósofos en ciernes somos todos ya en nuestra infancia cuando interrogamos a nuestros padres y maestros sobre el porqué de las cosas.

Este afán investigador ha sido la base de dos grandes inquietudes del espíritu humano, que se conocen con los nombres de: «Ciencia» y «Religión». La Ciencia, apoyándose sobre cosas tangibles, discurre sobre ellas, analizándolas y aplicando sus resultados a fines prácticos. La Religión, o mejor dicho, las religiones, se empeñan en buscar a tientas la «Causa Suprema» de las cosas, y a servirla cada cual a su manera.

No han faltado choques entre los defensores y adalides de una y otra, y no pocas veces fueron las religiones una rémora al avance científico, al tratar de fiscalizar los métodos de la Ciencia, o de limitar

autoritariamente sus vuelos. Pero en ello nada tiene que ver la Religión (con mayúscula), que es la expresión de la suprema realidad y, subjetivamente, anhelo sublime del alma hacia lo trascendente, lo eterno, y se halla, por tanto, muy por encima de todas las organizaciones humanas plagadas de defectos.

Este libro no es una apología de tal o cual religión, aunque el autor no rehuye manifestar que ha hallado satisfacción para los anhelos religiosos de su espíritu en el Cristianismo Evangélico. No es una obra de filosofía religiosa, sino una invitación a los espíritus libres a mirar los hechos objetivamente, evitando, tanto el dogmatismo religioso como el filosófico. Muchos hombres, que pretenden haberse librado del primero, se hallan obcecadamente sometidos al segundo, al aceptar, con la misma fe que los creyentes ponen en sus escritos sagrados, las afirmaciones de cualquier autor pseudoracionalista de su preferencia.

Pero el asunto es demasiado grande para que podamos conformarnos con la afirmación o la negación hechas a la ligera, y estas páginas son una apelación a la pura razón, no a los que han hablado dogmáticamente en nombre de ella, en el propósito de conocer y hallar la Verdad; o, por lo menos, la parte de Verdad que es dable a los humanos conocer.

No ocultemos, cual el avestruz, nuestras cabezas ante las grandes realidades de la Naturaleza y de nuestra conciencia. Levantémonos y miremos los he-

chos de frente. ¿Nos dicen ellos de un modo positivo que no existe Dios, ni alma, ni espíritu? ¿Basta la materia para dar razón de sí misma y de los fenómenos que la caracterizan? ¿Se nos ha revelado el Universo como sin Dios? Si es así, seamos ateos convencidos. Lamentando o no nuestra orfandad, no pretendamos fundamentar quiméricas ilusiones de amor o de justicia en las Alturas.

Mas si los hechos reales, si la Naturaleza nos sugiere probabilidades, nos revela presunciones y aún nos da la certeza de la existencia de un Ser inteligente y poderoso, autor de las cosas que nos rodean, no nos obstinemos en afirmar lo contrario, ni queramos afrontar la responsabilidad que nuestra apatía sobre tales asuntos tendría que acarearnos, por más excusas que aleguemos basadas en nuestro defectuoso conocimiento de la Causa Suprema, o en imperfecciones en la conducta de quienes han pretendido representarle. Creamos aquello que podamos creer; mejor diríamos: lo que nos vemos lógicamente obligados a creer, al examinar con objetividad las obras maravillosas de la Naturaleza. Ellas serán cual mojones que nos señalen la senda segura y firme en que puede apoyarse nuestro pie.

Estas páginas pueden ser consideradas tanto de vulgarización científica como de apologética religiosa. Los lectores cultos han de perdonarnos por ello la omisión de adecuados tecnicismos de los que prescindimos adrede en el curso del libro, con el fin de hacerlo asequible a los no iniciados en el lenguaje de la Ciencia.

No pretendemos haber dicho todo lo que puede ser expuesto bajo un tema que es tan grande como el Universo. Tentados hemos estado a escribir un libro dos o tres veces más voluminoso que el presente. En nuestra mano tuvimos obras de científicos modernos que nos ofrecían abundante material para el objeto. Un amigo nuestro, doctor en Medicina, con amabilidad que agradecemos, quería que publicásemos una multitud de esquemas gráficos de los centros cerebrales y sus conexiones, originales de su propio profesor, el sabio Ramón y Cajal, porque aquéllos eran, para el inteligente doctor, las más evidentes muestras de invención y designio en las obras de la Naturaleza, y, por ende, de la existencia de Dios. Pero no lo hemos hecho porque temimos que aquellos enrevesados diagramas que tanto dicen a la mente y a la conciencia del ilustrado neurólogo, habrían dicho poca cosa al hombre de la calle para quien escribimos esta obrita de vulgarización.

Preferimos otros ejemplos más sencillos, que ofrecemos más ampliamente en el libro «Pruebas Tangibles de la Existencia de Dios». En el presente, la parte objetiva se limita a un breve estudio de la constitución de la materia según los más recientes descubrimientos nucleares, y a algunas reflexiones acerca de la posición del hombre en este maravilloso Universo, que nos asombra, tanto por el lado de las cosas grandes como por el estudio de lo más pequeño, o sea, del propio átomo.

Nos daremos por satisfechos si con ello contribuimos a fortalecer la fe de los creyentes, preparándoles para dar una respuesta digna a «cualquiera que demande razón de la esperanza que está en nosotros»; y, sobre todo, nos daríamos por bien pagados si nuestro esfuerzo sirviera para iniciar en una nueva senda hacia el ideal supremo de la vida, a algunas de aquellas personas liberadas del rutinarismo religioso que interrogan con sinceridad los hechos para alcanzar la luz y la certidumbre que no pudo darles la religión en que fueron educados, devolviéndoles, purificada y ennoblecida, la Fe Cristiana que en mal hora vieron deshecha por una precipitada y parcial interpretación positivista de la Ciencia.

SAMUEL VILA

CAPITULO I

CASUALIDAD O SUPREMA INTELIGENCIA

Si al atravesar un desierto tropezásemos con una peña y nos preguntásemos por qué estaba allí la tal peña, pudiéramos acaso responder a nuestra curiosidad diciéndonos que había estado siempre en aquel sitio. Absurda sería esta respuesta. Mas supongamos que, en vez de la peña, el objeto hallado fuese un reloj. ¿Quién admitiría la respuesta de que siempre había estado allí? Nadie. ¿Por qué? Porque al examinar la estructura del reloj, hallamos en él lo que no podemos descubrir en la peña; hallamos que las partes de que se compone han sido hechas las unas para las otras y con determinado objetivo, cual es el de señalar las horas (1).

Continuando el examen del reloj, descubriremos que, si tuviesen diversa estructura sus piezas, o fue-

(1) Este ejemplo que sacamos de la «Teología Natural», famosa obra escrita por el pastor anglicano Dr. Paley hace 150 años, se ha hecho mucho más evidente ante los modernos descubrimientos de la física nuclear. El Dr. Paley dice: «Hallamos en el reloj lo que no podemos descubrir en la peña». Esto era muy cierto en su tiempo; por esto el inteligente clérigo y el hombre de ciencia pasa a describir las maravillas de orden, previsión y designio más visibles que hallamos en la Naturaleza. Pero el hombre de ciencia moderno puede descubrir las mismas evidencias en la peña,

sen de otro modo colocadas, no se lograría el fin de su construcción. Observamos en él un muelle que es propulsor de su movimiento; una multitud de ruedas y un encadenamiento de engranajes que dan impulso desde el cono canelado hasta el volante, y desde el volante hasta las manecillas.

Vemos que está proporcionado el diámetro de estas ruedas para que, en un tiempo determinado, las manecillas den una vuelta sobre la esfera; que las ruedas son de un metal que no se oxida, y los muelles sumamente elásticos; que la esfera está cubierta por un cristal para que, sin abrir el reloj, pueda observarse el movimiento de las manecillas.

Forzoso es que esta máquina sea obra de uno o de muchos artífices, que estos artífices existan antes de fabricarla, y que al fabricarla se propusiesen el resultado que estoy observando.

No sería menos segura esta consecuencia aún cuando jamás hubiéramos visto construir relojes, ni conocido artífice capaz de hacerlos, ni imaginar cómo pudo haberse montado una máquina. Entre un millón de hombres, apenas habrá uno que sepa cómo se monta un rubí. Lo que hace la ignorancia

---

al tener que considerarla, no como una simple masa inerte, sino como una asociación de átomos maravillosamente estructurados y unidos entre sí por las leyes de la electrónica; como tendrá ocasión de ver el lector en las próximas páginas de este pequeño libro, o en otros más extensos y documentados que pueda consultar.

Por esto podemos declarar que la Ciencia, en vez de hacer innecesario a Dios, como opinaban los pensadores racionalistas del siglo pasado, ha ampliado extraordinariamente las pruebas de su sabiduría y poder sin límites.

en este caso es que sea admirado el artífice, pero no que se dude de si existió. Igual fuerza tiene este raciocinio, ora se trate de un artífice humano, o de otro que tenga distinta naturaleza y diversos atributos.

¿Qué hombre de juicio, para explicar la existencia de este reloj, se satisfaría con que se le dijese ser efecto de la casualidad? ¿Que el cuerpo hallado en aquel sitio debiera tener una estructura, y que esta estructura, así como pudo ser de otra cosa, era de un reloj?

Las leyes de la Naturaleza

Cualquier hombre de razón se sobrecogería si se le dijese que el mecanismo del reloj no es prueba de invención, sino resultado de las leyes de la naturaleza metálica. Abuso es de palabras el designar una ley, cualquiera que sea, como causa eficiente de un resultado. Esta ley supone por necesidad un agente. Supone un poder, pues es el orden según el cual procede este poder. Sin este agente, sin este poder (distintos de la ley), la ley no puede nada ni es nada. Atrevida puede parecer la expresión que he usado de naturaleza metálica, pero el filósofo que la desapruebe, debería considerar que usa de otras no menos oscuras. Las leyes de la naturaleza animal, las leyes de la naturaleza vegetal, y aún las leyes de la Naturaleza, si de ellas se excluye un Agente y un Poder voluntario, son expresiones no menos vagas e ininteligentes que la otra.

Límites del ciego impulso

En cierto sentido, pudiera decirse que el agua de un río muele el grano, mas sería un absurdo decir que el agua de un río construyó un molino. Jamás podríamos persuadirnos de esto, aun cuando no nos constase el orígen de dicha fábrica.

¿Qué parte tiene el agua corriente en la molienda del grano? Un impulso sin inteligencia, dirigido bajo un mecanismo dispuesto y ejecutado con inteligencia, produce un determinado objeto, que es convertir el trigo en harina; efecto que resulta de la colocación de las piezas. Mas no puede decirse que el río es autor de él, y mucho menos de la coordinación de las piezas de aquella máquina. Es claro que sólo una inteligencia, bajo cierto plan, pudo trazar los planos y construir el molino; si bien es necesario el impulso ciego de la corriente para que cumpla el objeto de su construcción (1).

Las obras de la Naturaleza son un conjunto de organismos dispuestos con un orden admirable, imposible de atribuir a la casualidad. Las fuerzas ininteligentes de la Naturaleza que conocemos, nunca, nunca hubieran podido establecer por sí mismas este orden.

Hace ya dos mil años que, no un apóstol entusiasta, no un sacerdote propugnador de alguna forma de religión, sino el pensador y ecuánime Sócrates, expresaba esta misma verdad con las siguientes palabras:

(1) Teología Natural, Paley, págs. 17-21.

«Yo creo que los elementos del mundo no han venido a ocupar el lugar que les convenía por su propio impulso; del mismo modo que nadie pretendería que las estatuas de Policleto, o las pinturas de Zeuxis se hicieron a sí mismas. La cosa sería todavía infinitamente menos comprensible dado el número inconcebible de elementos que contienen la totalidad del Universo. Es preciso, pues, que haya una inteligencia soberana que del caos primitivo haya hecho salir el orden» (1).

El cálculo de probabilidades

La disposición ordenada del Universo ha pretendido ser explicada por algunos filósofos por las posibilidades del azar. «Toda la materia del Universo, dicen estos filósofos, debía tener una u otra forma, y estar relacionada entre sí de una manera u otra; no es absolutamente imposible que casualmente, quizá, entre muchas combinaciones desacertadas en un Universo Infinito, se haya dado el orden que admiramos en nuestro mundo».

Infantil nos parece la hipótesis, pero ya que algunos hombres la han tomado y la toman en serio, no tenemos otro remedio que tenerla en cuenta e impugnarla. Veamos: ¿Hay alguna probabilidad de que así sea?

Si se tratara de algunas pocas disposiciones acertadas en medio de un caos cósmico, podría parecer verosímil la idea. Pero el caso es que los ejemplos

(1) Cf. Piat, Socrate, pág. 292.

de orden de designio y acierto en las partes que integran la totalidad de la Naturaleza, son múltiples y completas, y el cálculo de probabilidades nos dice que no pueden haberse dado en manera alguna por casualidad.

Las leyes del azar nos enseñan que con un número muy limitado de elementos, pueden realizarse multitud de disposiciones, o, como dicen los matemáticos, de permutas. Las trece letras que forman la palabra *absolutamente* son susceptibles de formar millares de combinaciones. La casi totalidad de las palabras así formadas no tendrán sentido alguno, lo que se traduce en lenguaje filosófico por esta fórmula: casi todas las disposiciones serán desordenadas.

Aumentando el número de los elementos destinados a entrar en combinación, se aumenta mucho más considerablemente la desproporción entre el número de las disposiciones ordenadas y el de las desordenadas (1).

Se sigue de aquí que estos elementos, abandonados a sí mismos, producirán probablemente, casi infaliblemente, un resultado en que reine el desorden, que carezca de sentido.

Sin la intervención del tipógrafo, ¿qué probabilidad habría de que los caracteres de imprenta, arrojados al azar, se reúnan formando palabras y páginas legibles en cualquier idioma?

(1) Carbonelle. Les confins de la Science et de la Philosophie, tomo II, pág. 9.

El lector puede multiplicar por sí mismo los ejemplos, siempre con el mismo resultado: que ni con millones de ensayos frustrados puede sacarse orden del desorden, y menos un orden tan completo y complejo como el que observamos en las disposiciones de la Naturaleza.

Hace un par de siglos, se estaba discutiendo este mismo asunto en casa del barón de Holbach en el seno de aquella sociedad que, empeñada en combatir la religión, no vaciló en apelar a las conclusiones absurdas del materialismo puro. Está hablando Galiani, el ingenioso improvisador y amigo de la paradoja, que no temía defender a Dios entre sus amigos, los enciclopedistas. He aquí la escena tal como la describe un testigo ocular:

«Después de la comida y de tomar el café, Galiani se sienta en una butaca con las piernas cruzadas según su costumbre, y como hacía calor, toma su peluca en una mano y gesticulando con la otra, empieza a hablar así, poco más o menos:

»Me imagino, señores, a aquél de vosotros que esté más convencido de que el mundo es efecto de la casualidad, jugando a los tres dados, no digo en un garito, sino en la mejor casa de París, y a su antagonista ganando el juego, una, dos, tres, cuatro veces, constantemente. Por poco que se prolongase el juego, mi amigo Diderot, que perdería su dinero, diría sin vacilar, sin dudar un solo momento: «Los dados están amañados, estoy en una cueva de ladrones». ¡Ah, filósofo, porque diez o doce veces los da-

dos han caído de manera que os han hecho perder seis francos, creéis firmemente que es a consecuencia de una hábil maniobra, de una combinación artificiosa, de una trampa bien urdida! Y viendo en el Universo un número tan prodigioso de combinaciones mil y mil veces más difíciles, más complicadas, más sostenidas y más útiles, ¿no sospecháis que los dados de la Naturaleza están también amañados y que hay allá arriba un jugador muy hábil que se divierte con vosotros?» (1).

El ilustre Kepler, cuya alma era tan religiosa como era poderoso su genio, encontraba en todo materia para reflexiones filosóficas y científicas.

Un día que había meditado mucho acerca de los átomos y sus combinaciones, según las teorías de su tiempo, nos cuenta él mismo que le avisó para comer su mujer, Bárbara, la cual puso sobre la mesa una ensalada.

—«¿Crees —le dije—, que si desde la fundación del mundo estuviesen flotando en el espacio platos de estaño, hojas de lechuga, granos de sal, gotas de aceite y vinagre y fragmentos de huevo duro, la casualidad podría hoy reunirlos para formar una ensalada?»

—«No sería tan buena y tan bien sazonada como ésta», respondió la mujer (2).

Al exponer los ejemplos, hemos indicado ya las soluciones.

(1) Les Causes Finales, págs. 430-431.

(2) Alejo Bertrand, Les Fondateurs de l'Astronomie Moderne, pág. 154.

Decir: ¡la casualidad!, es sencillamente un absurdo.

Decir: ¡las leyes de la Naturaleza!, es el mismo absurdo expresado en otras palabras.

Cuando alguien me habla de la Naturaleza como causa de las cosas creadas, acostumbro preguntarle si esta señora es inteligente o ininteligente. La turbación que experimenta cualquier ateo para responder a esta pregunta, demuestra lo falso de su posición.

Si la Naturaleza es ininteligente, nunca podré explicarme las maravillas de disposición y de orden que estoy observando en sus maravillosas organizaciones.

Si la Naturaleza es de alguna manera inteligente y ha intervenido en la elección y disposición de los materiales que integran la estructura del Universo y de los seres que lo habitan, dejemos de llamarla Naturaleza y llamémosla... ¡Dios!

CAPITULO II

DEL ATOMO A DIOS

La Ciencia ha avanzado notablemente en el conocimiento de la materia. Hace medio siglo el estudio científico de las cosas tangibles se centraba en la molécula y en la célula, pero hoy día la mayor atención está fija en el átomo, elemento constituyente de toda clase de materia, tanto orgánica como inorgánica.

La idea del átomo existe desde muy antiguo, pues la encontramos en los filósofos griegos Leucipo y Demócrito. Este último declaró que toda la materia está compuesta de minúsculas partículas a las que dio el nombre de átomos. Así fue lanzada la famosa palabra átomo, que quiere decir algo indivisible, la partícula final e indestructible de la materia. Pero según Demócrito, los átomos, aunque no en su esencia, diferían en su aspecto según las distintas cualidades de las diversas substancias u objetos materiales de que formaban parte. Suponíase que los átomos de los líquidos eran suaves y podían deslizarse unos sobre otros. Los átomos de los sólidos, en cambio, eran angulosos, o tenían forma de ganchos para poder adherirse firmemente entre sí.

¿Por qué se le ocurriría a Demócrito esta idea tan curiosa?

Una sencilla y vulgar experiencia puede darnos la contestación. La sal común que utilizamos en la mesa, se disuelve y desaparece si la mezclamos con agua. Lo mismo acontece con el azúcar en el café y con centenares de sustancias del uso corriente si las echamos en el agua u otros líquidos. Si el agua fuese tan homogénea cual parece ser, no habría espacio para que la sal y el azúcar desaparecieran en ella. Por fuerza han de haber agujeros en el agua; pero muchos, muchísimos agujeros. Además, la sal y el azúcar tienen que estar hechos de partículas sumamente tenues, que puedan insertarse en estos agujeros y desaparecer en ellos.

Otro experimento demuestra lo mismo en forma más evidente. Tomemos un vaso lleno de agua y coloquemos en su fondo un cristal de cualquier materia colorante. Muy lentamente, hasta sin agitar el líquido, el tinte se disuelve y gradualmente, se esparce por el agua. Para aclarar el proceso agitamos el agua y el tinte hasta que en el vaso se ha formado una solución uniformemente coloreada. Es evidente que tanto el agua como el tinte han de estar formados por partículas microscópicas susceptibles de mezclarse, de manera que las de éste pasen a ocupar los espacios que existen entre las partículas del agua.

Tomemos nota de otra observación muy sencilla. Un litro de agua, mezclado con un litro de alcohol, da lugar a menos de dos litros de la mezcla. Es que una parte del alcohol se ha introducido en los espacios situados entre las partículas del agua y parte del agua entre las partículas del alcohol.

Si una barra de oro, de caras limpiamente cortadas, es puesta en contacto con una barra de plata de iguales características y las dos barras son prensadas durante varios meses una contra la otra y luego separadas, encontraremos algunas partículas de oro dentro de la barra de plata y algunas de plata dentro de la barra de oro. Estas partículas de oro y de plata han emigrado a través de sus fronteras. Los sólidos pueden difundirse dentro de otros sólidos, de la misma manera que los gases se difunden dentro de otros gases y los líquidos se disuelven o mezclan entre sí.

Esto significa que hay espacios invisibles e imperceptibles entre átomo y átomo de cada elemento de la Naturaleza, tanto si son gaseosos como si son líquidos y lo que parece más inverosímil aún, en los mismos sólidos.

Los átomos esenciales

Se nos asegura que toda la materia que conocemos, desde el más tenue gas hasta la mole de piedra o la pesada barra de oro o de plomo, están constituídas por átomos. Ahora bien, hay ciertos materiales formados por átomos iguales y otros materiales constituídos por átomos diferentes entre sí. A los primeros se les da el nombre de elementos simples.

La combustión es el medio principal para descomponer la materia. Cuando se quema un tarugo de madera vemos que queda reducido a un trozo de materia negra que llamamos carbón. Es que la

madera contiene una cantidad enorme de átomos de carbono, unidos a otros átomos de hidrógeno, calcio, etc. Por la combustión se liberan los demás elementos y queda el carbono en su forma sólida.

Si ahora probamos de cambiar el carbón haciéndolo hervir o poniéndolo en contacto con ácidos corrosivos nada sucederá. Nada puede hacerse para que el carbono cambie su apariencia y altere sus propiedades, siempre sigue siendo carbón. El carbono carbono es una materia simple. Hasta si se calienta con el aire y lo transformamos lentamente en forma de gas, si recogemos este, podemos reducirlo de nuevo a la forma de carbón.

Lo más curioso del caso es que el carbono, (en su forma sólida de carbón) es un elemento que entra en la composición de una gran variedad de materiales de composición más compleja. Si quemamos cosas tan diferentes como pan, garbanzos, queso o azúcar en vasos diferentes, en todos ellos se producirá el mismo resultado, carbón. Si lo analizamos veremos que todo es el mismo carbón limpio cualquiera que haya sido su orígen.

De la misma manera que el carbono existen otras substancias elementales, como el zinc, el cobre, el oro, el azufre, el hidrógeno, el helio, el hierro y el mercurio que forman parte de innumerables materiales que existen en el mundo y pueden ser separados de estos. Cada cual posee propiedades únicas, cada cual difiere de los demás elementos y cada cual retiene sus características individuales. Los procesos químicos no pueden transformar en otras esas substancias elementales. Las reacciones químicas más violentas no pueden cambiar el carbón en oro, ni el azufre en mercurio, ni e lplomo en plata. Se trata de substancias elementales de carácter irreductible. En 1940 se conocían 92 cuerpos simples de esta clase. Son designados con el nombre de *elementos químicos* o, más brevemente, de *elementos*. Como resultado del desarrollo de la bomba atómica, se han descubierta siete elementos nuevos creados por el hombre y que no existen en la naturaleza (*). Por lo menos en el globo que habitamos.

Toda la infinita variedad de materiales que vemos en el mundo están formados por combinaciones de estos elementos, a veces de dos, y otras de tres, de cuatro y hasta de cinco. Así, por ejemplo, el azúcar está compuesto de carbono, hidrógeno y oxígeno; la arena, de sílice y oxígeno; el mármol, de calcio, carbono y oxígeno; y así sucesivamente, con el resto de los noventa y dos elementos.

La sal de cocina es, en cambio, la unión atómica de un peligroso producto metálico, el sodio y un gas ponzoñoso, el cloro, ¡pero unidos forman una substancia tan útil y necesaria!

(*) En 1952 fue descubierto un nuevo elemento bombardeando átomos de plutonio por medio de neutrones. Es el número 100, por cuyo motivo se le llamó en primer lugar Centurio. Actualmente, se le llama *Fermio* y su símbolo es Fm. Más recientemente, se ha descubierto el elemento 101 llamado *Mendelevio*.

Con estos noventa y dos bloques de construcción el Creador ha formado todo cuanto se encuentra en el Universo material. Parece imposible que nuestro cuerpo, o sea, la piel, el cabello, las uñas, la sangre, los músculos, los ojos, los dientes, el cerebro y todo nuestro maravilloso organismo, esté formado con esta clase de átomos.

Pero el Supremo Creador ha sido aún más sabio y no ha necesitado todas las clases de átomos que existen para construir nuestro cuerpo, sino que lo ha hecho con sólo unos 13 elementos esenciales, y otros 6 que entran en una proporción infinitesimal. Es curioso saber que cada cuerpo humano se halla compuesto de los siguientes materiales, en la proporción que se expresa:

Oxígeno	65	por ciento
Carbono	18	» »
Hidrógeno	10	» »
Nitrógeno	3	» »
Calcio	2	» »
Fósforo	1	» »
Potasio	0'35	» »
Azufre	0'25	» »
Cloro	0'15	» »
Sodio	0'15	» »
Magnesio	0'05	» »
Hierro	0'04	» »

Fluor, yodo, cobre, manganeso y silicio ... En muy pequeña cantidad.

Resultados de la asociación atómica

Naturalmente, ha sido necesaria la asociación de los átomos esenciales en muy diversos grupos para formar los millares de materiales diversos que existen en el mundo y en nosotros mismos. Nadie diría que nosotros estamos formados por elementos minerales como los descritos en esta lista; pero la asociación de tales elementos entre sí ha dado lugar a la formación de otros materiales inorgánicos y orgánicos, y éstos a su vez han construido células vivas que forman la carne, sangre y huesos de nuestro cuerpo.

Por ejemplo, casi las tres cuartas partes de nuestro cuerpo es agua. Asimismo hay agua en las plantas y en todos los seres vivos; sin embargo, el átomo de agua no existe, ya que no es substancia simple, sino compuesta. ¿Cómo lo hizo el Creador para proveernos en tanta abundancia de tan maravilloso y útil elemento?

Si ponemos un poco de gas hidrógeno y otro poco de gas oxígeno en un tubo de ensayo y los calentamos debidamente, se producirá una pequeña explosión y el resultado serán unas gotitas de agua. Esto significa que cada átomo de oxígeno se habrá unido a dos átomos de hidrógeno dentro del tubo, formando un producto nuevo que no es gaseoso, sino líquido. Si había más hidrógeno o más oxígeno en el tubo de ensayo, que los necesarios para formar las moléculas de agua, los átomos restantes habrán quedado sin combinarse, en forma de gas, por falta de compañeros; pero aquellos átomos que los hallaron en el otro gas, vinieron a formar este precioso

líquido, tan necesario para la vida, del cual el Creador nos ha provisto con tanta abundancia.

El átomo es, pues, la unidad, o sea la parte más pequeña de un elemento esencial. Se llama molécula a la parte más pequeña posible de un compuesto formado por diversos átomos. Así hablamos de moléculas de agua, de sal o de azúcar; pero de átomos de carbono, oxígeno, hidrógeno, hierro, plomo, plata, sodio, calcio, etc. Son, por tanto, los átomos, los bloques de construcción del Universo.

Hace trescientos años se conocían tan sólo doce elementos esenciales. Cuando el número llegó a 92, por muchos años, se creyó que todos los elementos básicos del Universo habían sido descubiertos, pero como ha sido dicho en otro lugar, su número alcanza ahora la cifra de 101, pero nadie puede decir que éste sea el límite absoluto, pensando, no en este mundo sino en el Universo.

El Creador es, empero, tan inmenso en recursos que para la construcción de todos los materiales que se hallan a nuestro alcance en este mundo no ha utilizado más que una treintena de átomos. Estos han bastado para formar la gran diversidad de materiales que constituyen la tierra y todos los seres vivos, incluyendo nuestros propios cuerpos.

Ello nos ofrece una ligera idea de las cosas maravillosas que pueden existir, y que probablemente el Creador ha llevado a cabo en lugares muy distantes del vasto Universo, con materiales para nosotros muy raros o del todo desconocidos.

Ahora bien, ¿qué son los átomos en sí? ¿Por qué son diferentes unos de otros? ¿De qué se componen, o, cómo están constituidos?

Estructura del átomo

Desde muy antiguo los hombres se habían imaginado la existencia de átomos simples, formando parte de diversas materias, pero se necesitaron siglos para descubrir de qué estaban formados los átomos y por qué eran tan diferentes entre sí. Fue el descubrimiento de la electricidad lo que ha dado lugar al conocimiento de la materia en su forma esencial. Los antiguos griegos habían advertido que cuando una varilla de ámbar se frota contra un paño o una piel, el ámbar se carga eléctricamente y es entonces capaz de atraer trocitos de paja y de papel, lo mismo se consigue con varillas de vidrio y muchos otros objetos cuando se les frota contra un paño de lana, de seda, o de piel; quedan electrificados. El nombre griego del ámbar es «elektron».

Esta clase de electrificación de objetos fue designada con el nombre de electricidad estática o friccional, y durante muchos años fue considerada diferente del fluido eléctrico que fue descubierto por Luis Galvani y por Alejandro Volta en el siglo XVIII, por procedimientos químicos en pilas o baterías, el cual puede fluir a lo largo de hilos conductores. Una de las realizaciones del siglo XIX fue la de demostrar que las dos clases de electricidad son la misma cosa.

Por medio de pacientes experimentos se llegó al aislamiento de la unidad fundamental de la electricidad que es el electrón.

Los electrones forman parte integral de la materia

Consideremos la electricidad estática producida por fricción. El ámbar que ha sido frotado por una piel, está cargado negativamente, esto quiere decir que el ámbar ha adquirido electrones procedentes de la piel; estos electrones pueden ser separados de su superficie por un alambre conductor, y son los mismos electrones que fluyen de una batería o que pasan a través de los alambres y lucen dentro de una bombilla eléctrica.

Resulta muy fácil extraer electrones de muchos materiales, lo hacemos cada vez que pasamos aprisa sobre una alfombra. Los electrones son arrancados del material de que está formada la alfombra y pasan a la superficie de nuestro cuerpo. Si inmediatamente después tocamos un objeto de metal capaz de conducir los electrones desde la superficie del cuerpo a la tierra, recibimos una pequeña sacudida; y si el contacto entre nuestra mano y el alambre se realiza adecuadamente salta una pequeña chispa.

Si la materia desprende esos infinitesimales elementos de energía eléctrica, ¿no sería porque la misma materia estaría formada por éstos?

Era un pensamiento muy atrevido para la ciencia positivista de hace un siglo, pero nada detiene a los investigadores, y esta suposición quedó confirmada plenamente por los experimentos que con paciencia de genios vinieron realizando los hombres de ciencia; particularmente el físico inglés J. J. Thompson, Guillermo K. Roetgen, Enrique Geisler, Enrique Becquerel, los esposos Curie, S. P. Langley, y muchos otros menos conocidos. Hoy podemos decir que el conocimiento de la electricidad ha transformado el mundo. Pero el constante progreso en la electrónica que tantos beneficios ha aportado a la humanidad, la ha llevado al borde de la catástrofe al introducirnos en la ciencia nuclear, dándonos la posibilidad de desintegrar la materia.

Hoy sabemos que cada átomo de materia, sea de la clase que fuere, se halla constituido por una especie de sistema planetario. Dichos sistemas están formados por esas partículas elementales llamadas electrones, pero no en una asociación uniforme, como las gotas de agua en un estanque, sino separadas unas de otras es un espacio infinitesimal, inimaginable, pero real, y dando vueltas alrededor de un centro llamado núcleo del átomo, formado por protones y neutrones.

El secreto de la diversidad de la materia

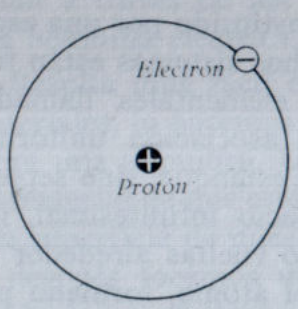
Aunque todos los protones, neutrones y electrones del Universo son iguales, no se hallan asociados del mismo modo, y ello es la razón de la diversidad de la materia.

El átomo más simple tiene un solo protón y un solo electrón dando vueltas alrededor de su núcleo,

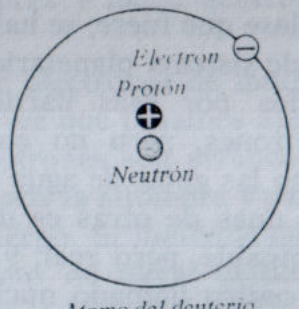
por eso es el menos pesado y se llama hidrógeno. Hay otros gases invisibles y ligeros, pero más pesados que el hidrógeno, por ejemplo el oxígeno, que tiene ocho protones, ocho neutrones y ocho electrones.

Estos elementos tan livianos que toman el nombre de gases, eran muy necesarios para el propósito de la vida como lo explicamos en el cap. IX de nuestro libro «Pruebas tangibles de la existencia de Dios», al referirnos a la atmósfera.

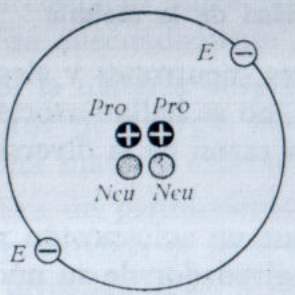
Pero con solamente gases el Creador no hubiera construido un mundo como éste en que vivimos. Se necesitaban elementos más sólidos. Variando la con-

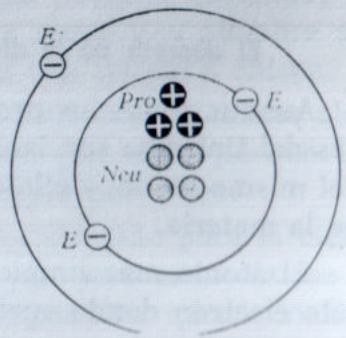


Atomo del hidrógeno



Atomo del deuterio





textura del átomo, se aumenta el peso y la solidez de la materia. Un átomo de 26 protones, 26 neutrones y 26 electrones, en lugar de ser un gas invisible y liviano es hierro, y con 79 protones el átomo es oro.

Ya hemos dicho que el Universo se halla constituido, hasta donde sabemos, por un centenar de átomos, cada uno de ellos con un número diferente de electrones girando alrededor de un centro formado por diverso número de protones y neutrones. Desde el gas hidrógeno, con un solo protón, hasta el uranio de peso atómico 92, que tiene 235 a 238 protones y 92 electrones moviéndose alrededor de su núcleo, la Naturaleza nos presenta toda una gama de materiales gaseosos, líquidos y sólidos, los cuales conocemos bajo los nombres de: oxígeno, nitrógeno, helio, bario, yodo, fluor, sodio, potasio, silicio, aluminio, mercurio, cobre, plata, hierro, etc., etc.

La diversidad de átomos, prueba de la existencia de Dios

Pensándolo bien, la constitución del átomo no ofrece menores pruebas de invención, previsión y designio que aquellas que encontramos en los complicados organismos vegetales y animales, y en la admirable relación de éstos con la tierra, el aire y el agua, que les sirven de habitación.

En efecto, ¿por qué razón existe tan diversa variedad de átomos, todos formados con los mismos elementos ultramateriales? En el Universo visible

hallamos una razón para las diversas formas que asume la materia inerte, en las fuerzas diversas que la mueven. Tal es el caso, por ejemplo, de la configuración de la tierra, con sus riscos y valles entre montañas. Adivinamos perfectamente qué fuerzas han intervenido para darle la casual estructura que tiene.

Aún aquellos seres en los cuales entra un elemento desconocido, la vida, su estructura externa, y hasy palpables para todos nosotros, como son el orden, afectados por las fuerzas que les rodean. Pero estas fuerzas dependen todas ellas de la misma constitución de la materia. No existirían vientos si no existiese aire, y el aire no se movería de su lugar si no estuviese sujeto a cambios de temperatura que le llevan a ocupar los vacíos o enrarecimientos de la atmósfera.

Pero el caso es que no se producirían tales diferencias de presión atmosférica, si los átomos de nitrógeno y oxígeno no tuvieran necesidad de expansionarse y ascender cuando se hallan sometidos a cierto grado de temperatura. Lo mismo podemos decir del movimiento de las olas, los huracanes, y aún los terremotos que a veces conmueven la superficie terrestre. De modo que tenemos razón para explicarnos el origen y motivo de los fenómenos físicos y sus efectos, y hasta de las fuerzas que los producen.

Pero, ¿cómo podemos imaginarnos el origen de los átomos? ¿Qué fuerza impulsa a los electrones

alrededor de su núcleo de neutrones? ¿Por qué razón se han agrupado de formas diferentes para formar diversas clases de materia física? Hoy sabemos que los átomos son verdaderos sistemas planetarios en miniatura, pero ¿por qué razón son diversos estos núcleos y los electrones que los circundan?

Si la fuerza original que les impulsó y agrupó alrededor unos de otros, hubiese sido una fuerza ciega, como las que nosotros conocemos en la Naturaleza, si no hubiese obrado con algún plan o designio, lo natural y lógico hubiese sido un Universo de materia absolutamente homogénea; una sola clase de gas líquido o sólido, incapaz de asociarse con otros elementos, porque no existiría más que uno; y más incapaz aún de formar, con los materiales resultantes, estructuras diversas como las que observamos admirados en el conjunto de la Naturaleza. En tal caso la Creación, como la conocemos, habría sido totalmente imposible.

Pero el Creador, por lo que podemos observar, no es una fuerza ciega, sino una fuerza consciente; un Ser que lleva un plan y propósito desde su mismo principio. Para ello empezó ordenando diversas asociaciones de infinitesimales núcleos de energía para que se produjera una diversidad de átomos; y por la estrecha unión de éstos entre sí, los convirtió en moléculas de materias diversas, palpables y visibles.

Luego, contando con tal variedad de materiales, procedió a la realización de maravillas más notorias

y palpables para todos nosotros como son el orden previsión y designio que observamos en la complicada y maravillosa organización del Universo y del mundo que habitamos.

Remitimos al lector estudioso que desee seguir los caminos de este razonamiento a nuestra obrita más extensa que el presente folleto, titulado «*Pruebas tangibles de la existencia de Dios*».

Existen otros libros mucho más amplios sobre este tema, por una infinidad de autores evangélicos, católicos, judíos o de otras religiones. En el antes citado ha procurado el autor describir en un lenguaje claro y comprensible esas maravillas, no tan solamente en una exposición científico popular que demostrara la Ciencia de la Naturaleza de un modo general, sino procurando poner de relieve, con muy diversos ejemplos, las evidencias de propósito y designio, que se observan en cada caso, tal como lo hiciera hace siglo y medio el célebre Dr. Paley, pero naturalmente con muchos más elementos de juicio hoy día, a causa de los nuevos datos que nos proporcionan los formidables avances de la Ciencia en este siglo y medio de investigación científica.

Lo admirable del caso es que cuanto más profundizamos en el conocimiento de las cosas, en lugar de simplificarse, y llevarnos a una explicación lógica del porqué del Universo, sin necesidad de ningún Creador, se hace más y más admirable, mostrándonos una Ciencia previsora desde el fundamento mismo de todas las cosas.

La materia orgánica y la inorgánica

Existe, en efecto, toda una cadena de previsiones y propósitos claramente manifiestos en el conjunto de la Naturaleza siguiendo un plan general. Por ejemplo, todos sabemos cuán notable es la diferencia entre los materiales que se encuentran en la tierra y los que forman parte de seres vivos, plantas o animales; los químicos llamaron a los primeros materia inorgánica, es decir: que no puede formar parte de organismos, y a la otra materia orgánica.

Los antiguos alquimistas no creían que la materia orgánica y la inorgánica fuesen una misma cosa, a pesar de que la muerte reduce los organismos vivos a materia que no difiere de la que se encuentra en la tierra, y que la Biblia venía afirmando acerca del ser más altamente organizado de la Naturaleza: «Polvo eres y al polvo serás tornado» (Génesis 3: 19).

Pero en el año 1828 Wolher descubrió por casualidad que se puede obtener substancia típicamente orgánica y vital de la úrea, por calefacción del cianato amónico, materia inorgánica, o sea, mineral. Poco después Kolhe, en 1845, llegó a obtener artificialmente el ácido acético, que hasta esta fecha solamente se conocía como producto de la acción de un ser vivo sobre el alcohol. Poco después se obtuvieron alcaloides azúcares (la glucosa y la fructosa) y más tarde substancias de una complejidad extraordinaria, como las hormonas sexuales, las vitaminas,

los antibióticos, proteínas simples, etc., por procedimientos artificiales y químicos, imitando de este modo con elementos del reino mineral los productos orgánicos procedentes de los reinos vegetal y animal.

Además de descubrir millares de materiales diversos que se encuentran en la Naturaleza por la asociación de diversos grupos de átomos, los sabios han logrado constituir ellos mismos nuevas asociaciones. Hasta ahora se conocen 750.000 clases de materiales. Uno de los compuestos artificiales formado en el laboratorio y no en la Naturaleza son los plásticos. Este material tan útil en la vida moderna, es tan abundante porque sus átomos constitutivos proceden de ciertas rocas que se encuentran con relativa facilidad. A tal descubrimiento se llama una gran victoria de la ciencia; pero, ¿qué diremos de aquella ciencia que se necesitó para producir los materiales que se encuentran en el mundo vegetal y animal? Si solamente después de grandes estudios y ensayos ha logrado el hombre la creación de algún nuevo material útil, ¿podemos creer que ha sido mera casualidad la creación de aquella infinidad de materiales tan útiles a los fines de la vida, como se encuentran en la Naturaleza?

La maravilla de la célula viva

¿Y qué diremos de la asociación de algunos de tales elementos para constituir el misterio de la célula viva?

Es evidente que la célula viva más rudimentaria se halla compuesta por átomos diversos, exactamente iguales a los que se encuentran en el reino inorgánico. Y, ¿cómo, o por qué razón las células vivas han llegado a asociarse para dar lugar a la formación de organismos mecánicos, como son el ojo, el oído, los pulmones, el corazón y toda la demás maquinaria que constituye un ser vivo?

Aun cuando la Ciencia llegara a producir vida artificial en el laboratorio (lo que es todavía muy dudoso), no se podría decir que ha llegado a descubrir el secreto del Universo y por lo tanto que puede prescindir de Dios. Quedaría todavía, y quedará siempre en el misterio, el secreto de su maravillosa organización.

Supongamos que llegaran los químicos a formar una molécula de materia capaz de actuar como célula viva. ¿Veríamos a esta célula artificial multiplicarse automáticamente como las verdaderas células de la Naturaleza, asumiendo formas cada vez más complicadas y complejas? ¿La veríamos desarrollarse en plantas artificiales vivas, formando los admirables organismos que observamos en los vegetales auténticos; es decir: fibras leñosas, savia ascendente desde la raíz, al tallo: ovarios, estambres, corola, polen fecundante, aroma, colores, flores y frutos?

¿Veríamos aun a tal producto de laboratorio ascender en la escala de los organismos convirtiéndose en célula animal, y la veríamos asociarse entre sí para formar maravillosos órganos de locomoción,

respiración, digestión, visión, audición, y sobre todo ese maravillosísimo organismo de asociación y retención de sensaciones que llamamos cerebro?

El más audaz de los sabios jamás pretenderá que tal cosa sea posible. Si ello ocurriera, sentiríamos que es un milagro, y de nuevo necesitaríamos recurir a algún poder inteligente superior al hombre, obrando por y en la materia para explicarnos tal maravilla de laboratorio; pues no podríamos de ningún modo concebir ni explicarnos tal organización bajo principios de mera casualidad.

Del mismo modo no podemos hacerlo imaginándonos un desarrollo lento de las células que conocemos, por miles o millones de años. El factor tiempo nada puede significar en un vasto plan de organización como el que observamos en la Naturaleza, sin el factor inteligencia. Tiempo, puede ser uno de los factores que la Suprema Inteligencia haya utilizado en la formación de las cosas, pero no nos provee por sí mismo ninguna explicación de cómo las cosas han venido a existir en el maravilloso estado en que las vemos.

Un «robot» humano y la obra de Dios

Para hacernos cargo de la maravilla de ciencia, invención y designio que entraña cada ser vivo de la Naturaleza, tratemos de comparar los medios a que tiene que recurrir el inventor humano, y los resultados que logra de sus esfuerzos, al lado de alguna de las obras de Dios.

Por ejemplo:

El hombre ha llegado a crear una máquina capaz de realizar operaciones matemáticas a la cual ha dado el pomposo título de «cerebro electrónico». Pero, ¿puede ponerse tal invento cumbre al lado del cerebro de carne inventado por el Supremo Creador? Es cierto que el cerebro electrónico puede realizar operaciones matemáticas con menos peligro de error que el cerebro humano; pero irónicamente tenemos que declarar que tal ventaja depende precisamente de su limitación. El cerebro electrónico no puede sufrir distracciones, como el cerebro humano, porque su función se halla limitada a un solo objeto: la operación matemática, mientras que el cerebro de carne se halla sujeto al mismo tiempo, a muchos y encontrados pensamientos, como órgano de un ser moral que vive, sufre, goza, retiene ideas y alienta pasiones, que la máquina no puede tener. Múltiples pensamientos pueden perturbar al contable humano mientras está resolviendo una ecuación matemática. En cambio la máquina, calcula pero no piensa. He ahí la gran diferencia en favor de la obra del Creador.

Compárese, además, el espacio que el hombre necesita para alojar semejante maquinaria; el gran número de transformadores eléctricos, condensadores, válvulas o tubos electrónicos, a más de la complicadísima mecánica que requiere tal artefacto, y todo ello para poder realizar tan solamente una de las múltiples funciones que realiza el pequeño cerebro humano. ¡Es admirable ver con qué sencillez el Supremo Creador ha logrado resultados infinita-

mente superiores sin tales mecanismos, reduciendo toda la maquinaria de su supremo invento en un espacio tan pequeño como el que representa la cavidad craneal. Observemos también cómo en lugar de tubos electrónicos y de complicados mecanismos de materia sólida, le ha bastado al Creador un material blandísimo (pero sólidamente protegido por una pétrea envoltura de hueso), en cantidad tan pequeña que no llega a dos kilogramos de peso en el hombre y ¿qué diremos del cerebro de un pajarillo en relación con las funciones que realiza?

¿Quién diría, en efecto, que entre un cable telegráfico, con centenares de hilillos metálicos, y un nervio, existe una incomparable ventaja en favor de este último? ¿Quién adivinaría que dentro de este endeble hilillo de carne existen infinidad de conductores finísimos, perfectamente aislados, unos de otros y todo ello dentro de un espacio inverosímil de centésimas de milímetro?

Sin embargo, es notoria tal superioridad del cable de carne inventado por el Creador, al cable de metal y caucho inventado por el hombre. ¿No es ello una buena muestra de la superior inteligencia divina?

Supongamos por un momento a todos los sabios del mundo reunidos y contando con los más grandes recursos financieros con el propósito de crear el más perfecto «robot». Una máquina que pudiera ver, oír, calcular, ingerir materiales cuando los necesitara y moverse de un lugar a otro. En una

palabra: un hombre artificial lo más parecido posible al hombre natural. Probablemente el tamaño de semejante artefacto tendría que ser el de una gigantesca torre, y una vez realizado el proyecto e instalados en su interior los más complicados dispositivos electrónicos y mecánicos, le faltarían todavía al monstruo muchísimas de las facultades que posee el ser humano. La propia facultad de crecer y desarrollarse, que todo ser vivo posee, está fuera de la cuestión. Lo mismo ocurriría con la de la reproducción. ¿Es verosímil que semejante monstruo pudiera fabricar automáticamente otras máquinas semejantes a ella misma, sin el concurso de inteligentes operarios alojados en su interior?

Tampoco es verosímil que, a pesar de los más complicados mecanismos de que se le dotara, pudiera el hombre de hierro poseer autodeterminación, ni hacer cosa alguna por sí mismo, sin estar determinada por agentes exteriores o por la iniciativa de algún conductor de carne y hueso.

Pues bien, ¿puede alguien atreverse a suponer que este hombre de carne, dotado de tan maravillosos organismos que le habilitan para poseer facultades que toda la ciencia humana es incapaz de crear, es el simple resultado de una asociación fortuita de átomos existentes en el Universo, sin propósito ni designio alguno?

El secreto capital del átomo

Pero el gran misterio del Universo no es sola-

mente cómo actúan los átomos, sino ¿cómo han llegado a existir, y a qué fin se dirigen?

Desde que la ciencia nos ha proporcionado tan maravillosos conocimientos acerca de la naturaleza de la materia, los hombres no han podido menos que preguntarse: ¿Cómo se formaron los átomos en el principio y por qué razón se desintegran?

La mayor revolución en el campo de la ciencia se produjo al descubrir que, bien al revés de lo que se creía al principio, el átomo podía ser quebrado. Sir J. Thompson consiguió romper átomos; así pudo demostrar que los fragmentos de los mismos eran realmente, tal como muchos sabios habían supuesto, un reducido número de partículas elementales, cualquiera que fuese el átomo de que procedían, y que las diferentes propiedades físicas y químicas de la materia provenían, tal como hemos indicado al principio, no de la naturaleza del átomo, sino del número de partículas elementales que los componen.

A un niño que preguntaba a su profesor si había electricidad en su cuerpo, éste le contestó que él mismo no era casi otra cosa que electricidad condensada, dejándole tan asombrado como es de suponer. Sin embargo, le declaraba la verdad.

Pronto se descubrió que algunos de los materiales más pesados desprenden radiaciones electromagnéticas, o sea, de electrones y partículas alfa, con un ritmo fijo, y que a medida que emitían tales radiaciones se transmutaban en otros elementos. El

uranio, por ejemplo, puede transmutarse en plomo. Así quedó confirmada la conclusión de que los átomos de los distintos elementos son de naturaleza similar, estando compuestos por partículas elementales cuya reducción motivaba el aparente milagro de la transmutación de unos materiales en otros.

El secreto de la bomba atómica

Es bien sabido que del uranio se fabrican las bombas atómicas. Cuando se divide un átomo de uranio se libera una gran energía. Como resultado de la «explosión», algunos neutrones se desprenden a gran velocidad y chocan con otros átomos, dividiéndolos. En la bomba atómica este proceso se continúa y pronto llegan a ser billones y billones de átomos que se dividen unos a otros automáticamente, produciéndose la desintegración del uranio contenido en la bomba y su irradiación en una extensión considerable, donde, además de la destrucción de toda vida, deja una peligrosa radioactividad de larga duración.

El misterio de la luz

Se han descubierto que existen radiaciones electromagnéticas en un enorme espectro de diversas longitudes de onda y que la luz forma parte de tales radiaciones. La luz del espectro visible, con los siete colores que el ojo humano puede percibir, es tan solamente una octava en el inmenso teclado de radiaciones electromagnéticas, de distintas longitudes de

onda, que existen en el Universo. En el extremo del teclado correspondiente a la escala acústica tenemos radiaciones de centenares de metros, que empleamos en las comunicaciones radiofónicas. A continuación, subiendo en la escala, tenemos ondas que nos producen la sensación de calor. Inmediatamente debajo de los rayos visibles, en el extremo del rojo del espectro luminoso, hallamos los rayos infrarrojos, que se utilizan en fotografía en días nublados porque atraviesan la niebla. Subiendo más, llegamos a los rayos ultravioleta que han demostrado poseer propiedades curativas. Más allá se extiende una larga serie de rayos de pequeñísimo longitud de onda, y muy penetrantes, conocidos como rayos X, que atraviesan ciertas materias sólidas y nos permiten ver a través de ellas; y finalmente los rayos Gamma, que forman parte de los rayos cósmicos.

Un mundo de luz congelada

Algunos de los místicos medievales aventuraron la especulativa idea de que el mundo no es otra cosa que «luz condensada». Les pareció encontrar esta idea en la Biblia. Fue una profunda intuición, que ha confirmado la nueva física, la idea de que la luz es materia radiante, y la materia, podemos aventurarnos a afirmar ahora con los místicos, es luz congelada.

«El Universo —dice Sir James Jean— es un mundo de luz potencial o existente, de suerte que toda

la historia de la Creación puede referirse entera y exactamente con seis palabras: "Y dijo Dios: Sea la luz"» (1).

Otro sabio en física, Sir Oliver Lodge, dice: Volviendo al poema del Génesis, hallamos que, por un relámpago de genio, se menciona al comienzo la luz; es decir, la creación de algo prístino y fundamental que se puede interpretar razonablemente como lo que ahora entendemos por el éter, la substancia cuyas vibraciones constituyen la luz... Sin luz, en efecto, como estamos empezando a comprenderlo, la materia no hubiera empezado a existir; ella es la base del Universo material» (2).

Materia y espíritu

Con todos estos descubrimientos los sabios han venido a decirnos que la materia, en su última esencia, es mucho más etérea, mucho más semejante al espíritu de lo que se suponía antes. La relación de la materia con el espíritu es una vieja cuestión que ha sido debatida en todas las edades. Comúnmente se ha sostenido que son dos cosas distintas entre sí, y naturalmente, los que querían atenerse únicamente a lo tangible, negaban la existencia del espíritu al tratar de explicarse el orden, invención y designio, que se revela en las obras de la Naturaleza. Pero hoy los sabios, nos dicen: «La materia ha de-

(1) Dios y el átomo, por J. H. Morrison, pág. 21.
(2) Dios y el átomo, por J. H. Morrison, pág. 22.

jado de ser lo que era antes, ya que hallamos que sólo podemos expresarla en términos de energía» (3).

Si esto es así, ¿no será el espíritu una forma superior de energía, y Dios mismo la Energía Suprema e Inteligente, de este misterioso Universo, que ya ha dejado de ser materia simple, para convertirse a nuestros ojos, abiertos por la ciencia, en un Universo de luz condensada en formas materiales?

De este modo, frases bíblicas como aquella de: «Dios es Luz y en El no hay ningunas tinieblas», y «En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres», y así como la afirmación de San Pablo: «En El vivimos y nos movemos y somos», se hacen mucha más inteligibles. Algún día sabremos mejor de qué modo todas las cosas se hallan, no tan sólo inmergidas en el Infinito Espíritu Divino sino de qué manera cada átomo y cada célula obedece los impulsos de esa Mente Universal. Entonces no nos resultarán tan extraordinarias aquellas frases de Jesucristo en el sermón del Monte: «Ni un pajarillo cae en tierra sin vuestro Padre Celestial; pues aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados» (4).

El concepto científico de Dios

El concepto de un Dios antropomorfo que tenían los antiguos no es posible hoy día para el hombre de Ciencia que conoce tanto de los secretos de la materia, y recorre con sus gigantescos telescopios las insondables distancias del Universo; pero ello no le permite negar la existencia de un Ser Inteligente Autor del Universo, ya que es tanto más imposible que antes atribuir las maravillas que vamos descubriendo a simple y pura casualidad.

(3) Dios y el átomo, pág. 35.
(4) Evangelio de San Mateo, cap. 10, vers. 30.

Toda organización necesita ciencia, inteligencia, dirección, elección de factores convenientes y rechazamiento de aquellos que se oponen al propósito del organizador. Esta inteligencia existe de modo indudable en la Naturaleza, por más que la encontremos plasmada en forma de leyes fijas y actuando por medio de agentes, al parecer ininteligentes. Lo que hace subir de punto nuestra admiración es que estas leyes se hallen dominando la materia tanto en lo grande como en lo pequeño. Sin embargo, el ser tantas y tan bien dispuestas, y todas ellas conducentes a propósitos evidentes como son los de la manifestación de la vida, y de la inteligencia, dentro del Universo material, muestra de un modo incontestable la mano y el designio de un inteligentísimo Creador.

¡Al final... Dios!

Los sabios escépticos de hace un siglo trataron de reducir todos los fenómenos de la Creación a «propiedades de la materia». Era de moda esta frase entre los materialistas volterianos; pero semejante enunciado ha dejado de tener significación des-

de que sabemos que la materia es una sola cosa, y que las diversidades que en ella encontramos dependen enteramente del número de neutrones y electrones que figuran en cada uno de sus átomos, o en otras palabras, que la materia es un conjunto de formas diversas de la energía universal.

Si no existe la diversidad esencial de la materia, sino que toda procede de un denominador común ultrafísico —la energía—, la diferencia entre átomo y átomo no tiene ninguna razón de ser, ni puede ser explicada de otra manera que aceptando la idea de una Fuerza Universal Inteligente, que con el evidente propósito creó diversos átomos, para poder dar lugar, por medio de ellos, a la formación de materiales diversos por medio de asociaciones cada vez más complicadas entre sí.

El objeto de tales asociaciones atómicas, y moleculares, se echa de ver, seguidamente al observar los maravillosos organismos de los reinos vegetal y animal, que sirven de habitación a diversas manifestaciones de aquel elemento mistérico que llamamos vida. El propósito final de tal escala parece ser, evidentemente, el hombre, ya que es el único ser capaz de darse cuenta de tales maravillas, y de descubrir en ellas el propósito sabio de su inteligente Creador.

Es innegable que desde el átomo hasta el ser humano, puede observarse un plan, un propósito que controla los elementos de la Naturaleza desde su mismo origen y ha ido apoyando, una realización

sobre otra, exactamente como cualquier arquitecto o ingeniero humano, pasando por una serie innumerable de formas diversas de seres inferiores pero completos para la clase de vida a que han sido destinados hasta llegar a la constitución física del hombre, el único ser capaz, no sólo de disfrutar todas las maravillas de la naturaleza en una esfera mucho más amplia que cualquier otro ser vivo, sino también de preguntarse de dónde vengo y a dónde voy. Es decir, de descubrir y adorar a su Divino Hacedor en sus maravillosas obras tangibles; posiblemente, según creemos, con el propósito de que podamos ir a conocer mejor los misterios de su sabiduría infinita y ser testigos de su gracia y bondad en lugares celestiales.

La necesidad de creer en Dios no se desvanece, pues, sino que se enaltece y afirma con los adelantos de la Ciencia. La verdad es que después de extraordinarias investigaciones científicas (afanosamente estimuladas en nuestros días por los más poderosos gobiernos de la tierra), y de los notables resultados obtenidos, continúan siendo tan verdaderas como hace treinta años las palabras del sabio Withney que citamos ya en la primera edición de nuestro libro, antes referido, «Pruebas Tangibles de la Existencia de Dios»: «Si se nos pregunta cómo existe la materia en su forma visible y palpable; por qué razón se juntan los electrones alrededor de un centro atómico; por qué se atraen los mundos a millones de kilómetros de distancia y por qué viajan por el espacio, no lo sabemos. Hablamos de leyes y

formulamos reglas: la ley de gravedad, la atracción universal, etc., pero esto no es sino un medio de disimular nuestra profunda ignorancia sobre los misterios del Universo. Si decimos, pues, que todo ello sucede porque Dios lo quiere así, podrá parecer pueril y anacrónica nuestra respuesta, pero la verdad es que carecemos de otra mejor».

Resumiendo lo dicho, podemos declarar que la ciencia del átomo nos ha revelado un mundo de ocultas maravillas en el cual nada puede ser considerado como imposible, porque en sus más recónditas profundidades actúa la incesante actividad divina. La física moderna ha confirmado la intuición del poeta y el vidente. El temor que expresaba Tennysson de que «las estrellas y los planetas girasen ciegamente», temor engendrado por la ciencia materialista del siglo XIX, ya no tiene razón de ser. Por todas partes hallamos evidencias de lo que Wordsworth sintió tan profundamente y proclamó de un modo tan convincente: «Una Divina Presencia profundamente entremezclada en todas las cosas», aún en el corazón del átomo, o como lo expresa Browning:

«Vemos las cosas grandes
hechas de cosas pequeñas,
Y las cosas pequeñas ir menguando
hasta que al fin,
Aparece Dios detrás de ellas».

CAPITULO III

LA INMENSIDAD DEL UNIVERSO Y LA PRESENCIA DIVINA

Uno de los mayores escollos con que tropiezan los adolescentes para mantener la creencia en Dios, que por lo general les fue inculcada en su infancia, es la idea de la inmensidad del Universo, que pronto descubren en cualquier asignatura de astronomía.

Hace poco menos de trescientos años los hombres tenían un concepto muy diferente del Universo. Es cierto que muchos siglos atrás ya habían comprendido unos pocos sabios que la llamada «Vía Láctea» no es más que un efecto de perspectiva debido a incontables estrellas que se hallan enormemente alejadas de la tierra; pero la falta de opiniones sobre la estructura del Universo, en aquellos tiempos de obediencia ciega a la autoridad eclesiástica, aún en asuntos ajenos a la religión, oscurecieron estas ideas acertadas. Casi todos los astrónomos de la Edad Media, demasiado fiados de las enseñanzas de Aristóteles, siguieron propugnando el complicado cielo de las esferas cristalinas, con la Vía Láctea como en la última de ellas. A pesar de ser la más distante se consideraba que todas las estrellas de semejante franja se hallaban a tan sólo

109.375 millas de nuestro mundo, según un manuscrito científico que se conserva en la Biblioteca de París.

Las galaxias

Fue Federico Hershel quien rompió al fin la «esfera de las estrellas» y nos abrió el camino hacia profundidades insondables, defendiendo la tesis de que «La Vía Láctea» formaba un Universo o sistema estelar integrado por millones de astros, a distancias infinitamente superiores de lo que se creía.

Pero hoy nos dicen los sabios que la Vía Láctea es tan sólo una de las galaxias, o grupos de estrellas del universo, y que si la vemos tan extendida de una parte a otra del firmamento es porque se halla tan sólo a la distancia de 400 mil años de luz. La nebulosa de Andrómeda, parece mucho más pequeña, pero es por la razón de que se halla a la distancia de 1.500.000 años de luz; por esto es, vista con el telescopio desde la tierra, como una pequeña nubecilla de estrellas; sin embargo se calcula que existen en ella miles de millones de estrellas parecidas a nuestro sol. Los astrónomos dicen: Hoy sabemos que estos millones de soles giran ordenadamente en el seno de su galaxia en torno a determinados centros de equilibrio, con períodos tan regulares como las ruedas de un reloj, pero además, en su conjunto, esta inmensa aglomeración de astros gira sobre sí misma, como lo hacen el aire, los mares,

las montañas y todos los cuerpos vivos juntamente en la tierra, con la sola diferencia de que ésta da una vuelta sobre sí misma, cada 24 horas, pera la galaxia Andrómeda la da en 20 millones de años (1).

¿Qué es Dios?

El joven acostumbrado a pensar en el Creador del Universo como su Padre Celestial, puede preguntarse: Pero, ¿es posible que éste sea realmente el Universo de Dios? ¿En tal caso, Dios qué es? Si existen millones de millones de estrellas, muchísimas de ellas mucho más grandes que este pequeño grano de polvo del Universo que se llama Tierra, ¿qué soy yo y qué es cada uno de los seres humanos ante tan pavorosa grandeza? Y ¿cómo puede el Creador de un tal Universo ocuparse remotamente de ninguno de nosotros?

La crisis suele ser tanto mayor cuanto más estrecho y anacrónico sea el concepto de Dios que posea el estudiante o pensador sometido a semejante prueba.

Es cierto que, teóricamente, cada joven creyente profesa creer en Dios como: «El Espíritu Infinito, Creador de todas las cosas, que ha sido es y será siempre». Sin embargo, el propio escritor tiene que confesar que su misma idea del Infinito distaba mucho de ser lo que correspondía antes de estudiar más profundamente la ciencia astronómica. Quizá por la razón que ya nos daban los antiguos teólogos,

(1) Enciclopedia Labor «Astronomía», tomo I, pág. 15.

de que el hombre finito no puede concebir lo infinito. Hablamos de «Dios Infinito», sin medir el alcance de tal idea. Por esto, cuando la Ciencia levanta el velo tan sólo de una parte del infinito, nos turbamos hasta el punto de verse amenazada nuestra fe en el Infinito Dios.

Pero no hay razón alguna para ello. En efecto: si Dios es infinito, como ha venido afirmándolo la teología cristiana, y si es espíritu, como confesaban ya los escritores hebreos (2); si es Aquel Ser en el cual «vivimos y nos movemos y somos», como declaraba el apóstol en la Areópago de Atenas (3), la inmensidad del Universo material no debe turbarnos en lo más mínimo.

Está de moda hoy día entre los científicos hablar de Dios como «la Energía Inteligente del Universo». Comprendemos la dificultad para muchas personas en asimilar semejante definición, por el hecho de que constantemente estamos tratando con fuerzas ininteligentes; pero éstas no son sino, como podríamos llamarlas, instrumentos de la gran Fuerza Inteligente Universal. Los hombres no cesamos de hacernos ayudar por fuerzas ininteligentes en nuestra técnica moderna, pero es admirable lo que una chispa de inteligencia alojada en el cerebro humano ha podido realizar mediante tales fuerzas ininteligentes. Sin embargo, ¿qué diremos de lo que ha realizado aquella inteligencia no alojada

(2) Salmo 139, 7-8. Jeremías 23-24 y 2.ª Crónicas 6:18.
(3) Hechos 17:28.

en ningún cerebro humano, según se revela en las obras de la Naturaleza? Pues la verdad es que toda hipótesis del Universo que se basa en la idea de fuerza sin inteligencia no puede resolver en modo alguno el gran enigma de la admirable organización que se muestra en las cosas creadas.

Como señalamos en el primer capítulo de este libro bajo el epígrafe «Origen del pensamiento», es imposible pretender que lo ininteligente pueda crear inteligencia. Aquellos que materializan la inteligencia considerándola simplemente como un atributo del cerebro humano en virtud de la disposición de sus células o neuronas, deberían antes explicarnos cómo, y en virtud de qué, la energía universal vino a convertirse en átomos; cómo éstos se asociaron en moléculas de substancias diversas; cómo aquellas crearon vida, y cómo la vida vino a ser inteligente. Hasta que no puedan explicarnos esto de un modo satisfactorio, no tienen derecho alguno a circunscribir el fenómeno de la inteligencia dentro de los estrechos límites de un cerebro físico. En otras palabras: No pueden negar, ni la existencia del alma humana ni tampoco la existencia de Dios.

Evidentemente, la Naturaleza respira inteligencia por doquier; pero es una sabiduría que no puede localizarse en ningún cerebro; una sabiduría latente, universal. Por esto algunos aplican a la Naturaleza el calificativo de sabia. Sin embargo, el decir: «la sabia Naturaleza», ¿qué es sino otro modo vergonzante de reconocer la existencia de Dios?

El planeta tierra y el Universo

Einstein ha venido a afirmar que le Universo es finito, y que el hombre podrá algún día medirlo en toda su extensión, sin salirse de este átomo del cosmos que es la tierra que habitamos. Más fácilmente, decimos hoy, podrá hacerlo si logra establecer puntos de comparación desde la luna o desde otro planeta cercano. Tales posibles conquistas de los planetas más cercanos a nuestra tierra son una patente muestra de la superioridad de la inteligencia del hombre sobre la simple materia. Con todo, el Universo es inmensamente grande y el mundo muy pequeño, en comparación; y la pregunta que surge es: ¿Cómo pudo el Creador hacerlo y hacernos objeto de los singulares privilegios que el Cristianismo proclama?

Algunos filósofos han tratado de explicarse la importancia que el Creador parece haber dado a este mundo, por el hecho bien notorio en Astronomía y Geofísica, de que el fenómeno de la vida, tal como la conocemos en la tierra, es totalmente imposible en millones de mundos que pueblan el espacio. Dentro de nuestro propio sistema solar hay bajo cero, por estar más alejados que nosotros del planetas como Plutón, Neptuno, Urano, Saturno y Júpiter con temperaturas de centenares de grados sol. En cambio la temperatura de Mercurio es casi siete veces más alta que la de la tierra, o sea normalmente superior a la del agua hirviendo.

Claro está, que cabe, dentro de los recursos del

Supremo Hacedor, la formación de otras clases de seres vivos habilitados para subsistir en tales condiciones. Como decimos en otro lugar, al hombre que no hubiese visto peces le sería imposible imaginarse cómo podría mantenerse la vida dentro de las profundidades del mar. Sin embargo, el Creador, ha resuelto el problema para infinidad de seres que pueblan los océanos, por medio de ingeniosos organismos que nos llenan de admiración.

De todos modos, sería interesante saber cuántos planetas existen en circunstancias similares a las nuestras, más allá de nuestro sistema solar, o sea alrededor de los millones de soles que forman parte de otras galaxias. Es muy posible que no sean pocos en un Universo de billones de astros; pero por lo que venimos observando dentro de nuestro propio sistema solar, muchos millones de mundos deben ser inaptos para la vida física, según nos es dado conocerla. Tendremos de ello un mejor conocimiento dentro de pocos años, cuando el hombre haya logrado poner su planta en los planetas más cercanos.

Como término de comparación se ha observado que tan sólo una pequeñísima parte de la simiente vegetal o animal llega a penetrar en la tierra, en el cáliz de una flor o en el útero materno, obteniendo las condiciones necesarias para realizar su objetivo de engendrar vida. Del mismo modo puede que sean relativamente pocos los mundos del Universo donde el objetivo de la vida ha sido alcanzado plenamente. Por tal razón, este granito del Cosmos, en el cual

vivimos, puede tener mayor importancia que otros mundos sin vida en el vasto Universo de Dios.

Cuando discurrimos de esta suerte y, sobre todo, cuando pensamos en la maravilla del intelecto humano, este mundo no nos parece tan despreciable a causa de su pequeñez, ni el hombre tan poca cosa por lo deleznable de su débil y mortal estructura. Por esto, aunque de todo punto admirable, no debemos considerar como inverosímil aquella maravilla de condescendencia divina que se expresa en las famosas palabras de la Biblia: «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El crea no se pierda, más tenga vida eterna» (Juan 3:16).

El hombre como imagen de Dios

El ser humano es ciertamente una nonada en el inmenso Universo, considerado físicamente, pero ¿puede decirse lo mismo de su ser moral? La Biblia nos dice que fue creado a la imagen y semejanza de Dios. Esto parece una gran pretensión por nuestra parte, pero consideremos con atención las cosas:

Hemos observado en la naturaleza las huellas de un Ser Inmenso, Inteligente, dotado de voluntad, iniciativa, designio, y previsión en favor de todos aquellos seres a los cuales ha otorgado el don de la vida. Pues bien: hasta cierto punto, aquellas mismas cualidades que reconocemos y observamos en el Supremo Autor de las cosas creadas, las encontramos en nosotros mismos. Dios nos la ha concedido y debemos serle agradecidos.

¿Qué nos diferencia de los irracionales?

No se podría decir de la bestia más inteligente que ha sido creada a imagen de Dios. Tiene vida, tiene cuerpo más o menos semejante al nuestro; tiene memoria y, hasta cierto grado, inteligencia. Tienen muchas bestias un cerebro maravilloso, muy semejante a nuestro propio cerebro; sin embargo, sus facultades no corresponden de modo alguno con las que se revelan en la Divinidad, por lo poco que nos es dado conocer de sus obras.

Hemos observado que los animales hacen las cosas atraídos por sensaciones externas, o siguiendo una línea de conducta de acuerdo con una ley que se llama instinto. Por esto no hay en ellos ni iniciativa propia ni tampoco progreso. Desde muchos siglos la humanidad ha venido observando la vida y costumbres de estos seres, en quienes algunos pretenden ver progenitores nuestros; pero nos damos cuenta de que todos ellos vienen realizando hoy las mismas cosas que hacían hace miles de años, dentro de un orden rutinario en el cual no hay la menor muestra de iniciativa o progreso.

Los pájaros construyen hoy día sus nidos exactamente igual como lo hacían hace cuatro mil años. A ninguno se les ha ocurrido poner a su nido una cubierta que proteja sus hijuelos de la lluvia o de los rayos del sol. El conejo construye su madriguera igual que sus antecesores de hace miles de años. La abeja fabrica su colmena de un modo admirable, que deja estupefacto al mejor geómetra, pero sin

revelar en ello ni iniciativa personal ni progreso.

En todos los órdenes, el instinto enaltece al Autor de la Naturaleza, pero nada dice en favor del animal que lo posee. No revela personalidad. Por esto, las artes y las ciencias son la gloria exclusiva e inconfundible de la raza humana.

Pero, ¿no encontramos arte y ciencia en la Naturaleza, con gran anterioridad a la existencia de todo ser humano? Tal coincidencia, ¿no revela alguna clase de parentesco entre este ser, físicamente tan pequeño y deleznable, y el sublime Autor de todas las maravillas del Universo?

Cualidades superiores del ser humano

En nuestro libro «Pruebas Tangibles de la Existencia de Dios» hacemos notar, dedicando a ello todo un capítulo, la admirable previsión que se observa en las obras de la Naturaleza. Previsión de aquellas necesidades que los recién nacidos han de encontrar al llegar a la vida, no atribuible a la inteligencia personal de sus progenitores. Previsión de accidentes en la configuración de los cuerpos físicos, y aún en la constitución y relación de unos elementos con otros. Las previsiones de la Naturaleza nos llenan por todas partes de admiración.

Pues bien, ésta es una de las grandes cualidades del ser humano. Se ha observado que el animal no es previsor, aparte de su instinto, siéndolo en grado sumo solamente cuando la ley del instinto lo guía; es decir, en aquellas previsiones generales, no atribuibles a su personal sagacidad, sino al Supremo Autor que ha dotado de la misma a toda su raza. Pero el hombre lo es de un modo personal y a cada momento. ¿No es ello otro detalle de su espiritual parentesco con el Supremo Previsor de la Naturaleza?

La mayor diferencia entre el hombre y las bestias la constituyen, empero, las facultades anímicas que se llaman imaginación y razón. El animal puede *aprender*, es decir, atesorar conocimientos y experiencias en las células de su cerebro. Algunos tienen una facilidad extraordinaria en *imitar* al hombre; pero ninguno es capaz de crear ideas propias, como puede hacerlo el ser humano. No solamente los grandes inventores, sino el más sencillo artesano, el carpintero o la modista, crean en su mente imágenes de las cosas que se proponen hacer, y las ejecutan luego según las han visto formadas en su imaginación. He ahí el secreto de los grandes progresos de la civilización humana. ¿A quién se parece este creador de ideas, sino a su Padre Celestial, el Creador de las grandes ideas, de los grandes y asombrosos inventos, que observamos en todos los órdenes de la Naturaleza y en los maravillosos organismos de nuestros propios cuerpos físicos?

El hombre posee, sobre todo, virtudes morales; sentimientos de justicia y de conciencia. ¿Quién es este yo que se levanta en contra de mi otro yo para censurarle y reprenderle, aun en aquellas cosas en que el objeto de la represión es algo que me favo-

rece o halaga? ¿Será un nervio de mi cerebro que reprende a otro nervio? ¿Una neurona que reacciona contra otra? Es absurdo pensarlo. Pero el fenómeno moral existe en cada ser humano, y ¿cómo tendría lugar si todo se redujese a simples reacciones físicas, es decir: si no hay nada más en nosotros en materia, carne, sangre y huesos?

Aunque a ello nos lleva de un modo inevitable nuestro argumento, no tiene por objeto este capítulo demostrar la espiritualidad del ser humano o la inmortalidad del alma; ello nos conduciría a razonamientos mucho más extensos, que no caben en este lugar. Tratamos solamente de demostrar la relación que existe entre el ser humano y la Suprema Inteligencia que organizó los mundos. Se trata de situar nuestra posición en el insondable Universo. Tal relación existe, ciertamente; debe existir, no tan sólo porque así lo declara algún libro que suponemos inspirado, sino porque lo presupone y demuestra la misma Naturaleza. La materia no basta para dar razón del hombre.

Pensando de esta suerte ¿no es verdad que ya no somos tan pequeños como lo parece cuándo miramos las cosas bajo el punto de vista materialista?

El hombre puede pensar en Dios

Otra razón que se ha aducido para demostrar nuestra relación y parentesco con la Divinidad es el hecho de que sea el hombre el único *animal religioso*. El único ser de la Creación que ha tenido la

idea de Dios. El único que se ha dado cuenta de que hay sabiduría y designio en las cosas que le rodean, y ha buscado relacionarse de algún modo con el Autor de lo creado.

Es verdad que en este intento ha cometido muchos errores sobre todo el de imaginarse a un Dios o a dioses pequeños, formados a su propia hechura, limitados y sujeto a sus mismas pasiones. El hombre ha presentido siempre, que no ha sabido concebir una cabal idea de la Divinidad. En verdad la tarea es difícil, y prácticamente imposible, excepto por una revelación adecuada del Supremo Ser. Era mucho más fácil para los hombres de la Antigüedad, y lo es aún en nuestros días, imaginarse a Dios como un grande mago, susceptible de ser halagado con dones y ganado con sobornos en favor de la propia persona, tribu o pueblo del adorador, que, cual Espíritu Infinito, justo, santo, imparcial, Padre de todos los hombres. Este sublime y supremo concepto de Dios, sólo pudo ser dado por Uno que conocía los secretos de la Divinidad como jamás ningún hombre los ha conocido.

Sin embargo, la gloriosa posibilidad de relacionarse el «homens sapiens», el hombre inteligente, con la Suprema Inteligencia que se revela en las obras de la Naturaleza, ha sido siempre la ambición de los pensadores de todos los tiempos.

La inmensidad del Espíritu Divino no es obstáculo alguno para tal relación, antes todo lo contrario.

Cosas inconcebibles pero reales

Es cierto que a nuestra limitada inteligencia le resulta difícil concebir una Inteligencia que no sea limitada, y que pueda atender infinidad de cosas a la vez, pero no es menos difícil concebir o explicarse de un modo satisfactorio otros misterios del Universo, por ejemplo, lo que llamamos: «Ley natural».

Recomendamos al lector hacer la prueba de obligar a cualquier ateo que niega la presencia divina en el Universo que os explique de un modo razonable y comprensible qué cosa es «Ley natural». Probablemente os dirá que es «lo que siempre ha sido en la Naturaleza», o dicho de un modo más elegante: «el orden establecido en la Naturaleza desde la Eternidad». Pero insistid en saber el porqué ha sido siempre de tal manera, o cómo pudo establecer tal orden una Energía de tipo cósmico, faltada de sabiduría, y observaréis su turbación. Si es poco inteligente tratará, quizá, de formular sugerencias inverosímiles en frases entrecortadas, para acabar por confesar que nadie puede saber qué son las leyes naturales. Si es verdaderamente inteligente hará esta confesión en seguida, no dando lugar a que le pongáis más en un apuro.

Lo más razonable, por tanto, es admitir que las leyes de la Naturaleza son una expresión de la voluntad divina. Que una Mente inteligente las concibió, y un Poder que obra en todo las impuso, con propósitos evidentes. Desde la ley con que la eterna

energía mantiene los electrones alrededor de su núcleo. para que lo inmaterial sea tangible, hasta la última ley natural que se observa en el instinto de un ave o de un cuadrúpedo, una Inteligencia Infinita y Poderosa se revela en todas las cosas.

Dios puede pensar en el hombre

Si todo lo creado es una expresión de la voluntad divina; si Dios es como lo han llamado algunos filósofos «el alma del Universo», ¿cómo no hemos de poder relacionarnos con El por los lazos espirituales de la mente y de la conciencia? ¿Que su inmensidad no puede hacer caso de nosotros? Así sería, precisamente, si no fuera tan grande como es. Pero por ser Dios infinito, nada hay demasiado grande, ni demasiado pequeño para El.

Lo cierto es que el Poder Inmenso, Inteligente, que ha puesto en moción los mundos de las lejanas galaxias con circunvalaciones tan bien sincronizadas como las ruedas del más perfecto reloj, se muestra al mismo tiempo tan admirable y solícito en las cosas pequeñas, que alguien ha dicho, estudiando las alas de una mariposa, que parece como si el Creador no hubiese tenido otra cosa que hacer sino la configuración de tales primores.

Semejante solicitud en las cosas pequeñas de parte del Creador de un Universo que cuenta sus distancias por millones de años luz, ofrece confianza a nuestra fe.

Por inconcebible que sean a nuestra mente li-

mitada, los atributos de una mente ilimitada e infinita que se revelan en la misma Naturaleza nos dan a entender que debe ser así, y exclamamos hoy con mayor conocimiento de causa que Eliú el Bucita: «Dios es grande mas no desestima a nadie» (1). «Más maravillosa es la ciencia que mi capacidad; alta es, no puedo comprenderla. ¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu Presencia? Si subiere a los cielos allí estás Tú... Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo de la mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra» (2).

Por otra parte, un Ser poderoso e infinito no puede estar impedido de revelarse a sus criaturas en cualquier forma que le plazca. Pudo hacerlo en este mundo de diversas maneras en la antigüedad, y puede hacerlo igualmente en millones de mundos a la vez, si así le pluguiera.

Cuando observamos el poder y sabiduría que revelan las obras de la Naturaleza, resulta ilógico e insensato limitar el poder divino a las leyes inalterables y fijas. No lo es menos argüir que ninguna revelación del Supremo Creador es posible porque sería contra la ley natural. En efecto: ¿Qué es la ley sino la voluntad expresa de un legislador? Aún más: ¿Puede existir ley alguna sin legislador?

Lo inalterable de las leyes naturales puede ser prueba del inalterable carácter de su Autor; pero

(1) Job 36:5.

(2) Salmo 139.

de ningún modo de su inexistencia, ni tampoco de su imposibilidad de obrar o de mostrarse alguna vez aparte o por encima de las leyes naturales.

Si el Infinito se ha revelado o no de alguna manera a este pequeño mundo de su Universo, será el tema de los próximos capítulos.

CAPITULO IV

DIOS EN LA NATURALEZA

Sentimos que los límites de una obra de divulgación como ésta nos impidan presentar otros muchos detalles y evidencias de designio en la Naturaleza. Sólo hemos pretendido iniciar al lector en una clase de consideraciones que fácilmente puede ampliar por sí mismo, haciendo más sólida, si quiere, la base de su fe. Cada hombre debe aprender a pensar por sí mismo sin dejarse sugestionar o adoptando sin examen las opiniones de los que le rodean. Y si alguna opinión merece ser oída y atendida, no ha de ser precisamente la de los «pequeños sabios», que abundan en todas partes, sino la de los grandes maestros: los que se interesan de un modo especial en sondear el misterio de las cosas; los que no se limitan a tocar los bordes del manto de la Ciencia, sino que viven constantemente dentro de ella y han llegado a alcanzar el límite máximo de conocimientos que los hombres hoy en día puede adquirir.

Y precisamente a éstos es a quienes se han hecho más patentes las huellas inafables del Creador.

Hace unos pocos años, el doctor C. A. Chant, profesor de astrofísica de la Universidad de Toronto.

escribía en una revista científica: «No titubeo en decir que por lo menos el noventa por ciento de los astrónomos han llegado a la conclusión de que el Universo no es el resultado de una ley ciega, sino que es regulado por una gran inteligencia. Lenta, pero ciertamente, la mente de los grandes pensadores está volviéndose al Creador, al Dios de la Providencia.»

En la misma opinión abundaba nuestro astrónomo Comas y Solá cuando declaraba: «La Ciencia humana no pasará nunca de ser una visión externa de la Naturaleza... Nunca comprenderemos la esencia de las cosas, sus orígenes y sus destinos, arcanos que sólo pertenecen a un Ser superior» (1).

La nueva inquietud religiosa

Mucho nos satisface constatar cómo la alta ciencia está apartándose de las concepciones materialistas del siglo pasado, volviéndose a la idea, siempre presentida por la conciencia espiritual del hombre, de que existe un Creador. Pero debemos confesar que la mera admisión de la existencia de Dios no resuelve el problema religioso. La próxima cuestión, que se presenta ahora, es si este Ser inteligente e infinito que se manifiesta en las obras de la Naturaleza, tiene realmente algún interés por nosotros, seres mortales, o si somos para su grandeza cual deleznables insectos que nacen, viven y vuelven al

(1) Ciencia y Realidad, en «La Vanguardia» de Barcelona, octubre 1933.

polvo, sin que se preocupe de su existencia ni se acuerde de ellos.

Hemos visto que el hombre que piensa y siente se ve obligado por la razón, e impulsado por sus propios sentimientos a creer en algo que trascienda de lo material. Puede que sus ansias de infinito se hallen satisfechas dentro del marco de una religión, la tradicional en el ambiente o en el país que habita. Pero, si se desengaña de ella se halla desamparado, busca anhelante, sin saber a quien dirigirse. Esta es la situación de muchos en nuestro país, que no aciertan a dar con la luz que, quienes deberían enarbolarla en lo alto, esconden, entreteniendo las almas con aparatosas exhibiciones de religiosidad que sólo amargura y desengaño producen a las mentes verdaderamente pensadoras; puesto que ni deslumbrar ni coaccionar es convencer, y sólo el convencimiento produce la verdadera paz en la conciencia.

¿Y hacia dónde se dirige en su inquietud el hombre que no cree pero que siente que debe creer? ¿Qué derroteros seguirá en su búsqueda?

Resignarse a la práctica rutinaria de fórmulas religiosas no comprendidas, ni satisface a la conciencia ni al corazón. Una tal religión carece de sentido, pues es pura hipocresía.

Tampoco ofrece mejor solución el deísmo, propugnado por ciertos filósofos del siglo pasado. Existe un Dios Creador, pero este Dios no sabe nada de los mismos seres a los que dio la existencia. Este

Dios no se diferenciaría de una mera máquina. Esto no podemos comprenderlo ni admitirlo.

¿No podremos acercarnos más a este Dios? Hay algunos credos pseudoreligiosos modernos que han alcanzado cierta boga, pero son poco más que Códigos de Moral. Sin duda de gran elevación, con rancio abolengo en otras Culturas orientales. Pero hablan al intelecto y no son capaces de hacer palpitar los corazones, hinchándolos de amor y cálido entusiasmo. No dan la certeza ni aún la esperanza de un eterno y glorioso porvenir para los seres humanos, provisto por el amor de un Padre Celestial. Les falta el aliento de este Dios, perfecto en todos sentidos, que hemos buscado y encontrado en sus obras.

La inquietud de otras mentes crédulas y, en el fondo, ignorantes, se encauza hacia supersticiones engañosas, cuando no burdas supercherías. Tales son por ejemplo, muchas de las pretensiones de la magia, la astrología, el espiritismo y otras raras sectas religiosas o filosóficas.

Pero, ¿tendremos que conformarnos con elegir entre la hipocresía, la eterna duda, el crudo ateísmo o la superstición?

¡No! Decimos nosotros. Hay alguien por encima de nuestras cabezas, una Mente Infinita, que ha trazado el orden y el curso de las cosas con mano maestra. Esta Mente Divina no puede desentenderse de sus criaturas, porque son seres mortales formados a su imagen. La oración que le elevamos desde lo profundo de nuestra alma no puede perderse en el

espacio vacío... Por insignificantes que seamos ante el Universo inconmensurable, no lo somos para quien nos ha dotado de una inteligencia capaz de elevarse tras las huellas de sus sublimes pensamientos. El es grande, pero nosotros no somos para El pequeños. Podemos tener confianza: Dios piensa en nosotros; de otra manera nosotros no pensaríamos en El.

¿Qué podemos creer?

Las conclusiones a que nos lleva un estudio objetivo de las maravillas de la Naturaleza son éstas:

1. Dios existe.
2. Dios es un Ser inmenso e inteligente.
3. No es imposible que este Ser inmensamente grande, «en el cual todos vivimos, nos movemos y somos», ese Ser que ha sido definido como el alma del Universo visible, se ocupe de los seres morales que, por muy pequeños que sean ante su grandeza, tienen por lo menos la facultad de pensar en El, de descubrir las huellas de su sabiduría, de imaginárselo de alguna manera, por defectuosa que sea.

Aún más, es inevitable para todo hombre pensador, enfocar de frente el problema religioso, haciéndose, leal y sinceramente, preguntas más o menos similares a las siguientes:

«Si existe un Ser que desde el átomo y el microbio hasta el individuo humano ha dirigido y planeado la Creación, ¿con qué propósito lo habrá hecho?

¿Hay razones para creer que todo no termina en el sepulcro?

¿Habrá un juicio detrás de la muerte?

¿Somos los hombres responsables de nuestros hechos, o debemos cargar enteramente la responsabilidad de los tales al medio ambiente en que vivimos?

¿Hay razones para creer en el mensaje del Cristianismo?

¿Era Jesucristo un hombre adelantado de su época o fue de verdad una manifestación del Creador en forma humana? En tal caso, ¿por qué tenía que sufrir y morir en una cruz para redimir a los hombres?» (1).

La posibilidad y realidad del fenómeno religioso parece innegable, desde el momento en que reconocemos el hecho de la existencia de un ser Supremo.

Pero este fenómeno espiritual, ¡presenta tan gran número de variaciones! ¡Ha sido objeto de tantos engaños y abusos! Ha dado lugar a tan lamentables fanatismos, que no es extraño que el hombre moderno mire con recelo sus mejores y peores manifestaciones, desconfiando de todas las religiones positivas.

Sin embargo, es inevitable pensar que, si Dios existe, debe haber algo de verdad en la religión. Algo

(1) No podemos responder a estas preguntas en el presente opúsculo para no excedernos de los límites propuestos, pero el lector hallará una razonable respuesta a todas ellas en el libro «*Pensar y Creer*», del mismo autor. Solicítese a Editorial CLIE, P. O. Box 6094, Grand Rapids 1, Mich. U.S.A. En España a: Moragas Barret, 113, Tarrasa (Barcelona).

real en cada una de ellas, desde las más oscuras hasta las formas superiores de adoración al Supremo Hacedor.

Algo de verdad en la Biblia y en el Corán, en el Judaísmo y en el Mahometismo; en el Catolicismo y en las Iglesias Evangélicas.

¿Hay alguna manera de reconocer este fondo de verdad en las religiones positivas?

¿Tenemos motivos lógicos, racionales y evidentes que nos ayuden o nos induzcan a creer en alguna o algunas de las doctrinas que la Biblia y las Iglesias Cristianas enseñan?

¿Existe alguna prueba positiva, al lado de las afirmaciones de las respectivas Iglesias, que demuestre que el Supremo Hacedor del Universo se haya revelado alguna vez a la raza humana?

¿Cómo podríamos estar seguros de estos hechos nosotros, hombres del siglo XX, que no hemos visto un milagro ni oído voces angélicas, ni nada que se aparte del orden común de las leyes de la naturaleza?

El autor cree que es posible para cualquier persona que quiera examinar imparcialmente las cosas, adquirir tal certeza, y que: no hay menores evidencias a favor de la religión cristiana (nos referimos al Cristianismo genuino) que las que existen a favor de la existencia de Dios.

CAPITULO V

¿SE HA REVELADO DIOS A LOS HOMBRES?

La probabilidad de una revelación por parte del Creador se origina de la naturaleza misma de la raza humana. Si el hombre no es nada más que un animal, es decir, un ser transitorio sobre la tierra, no habría necesidad de que el Creador se le revelara. Pero en este caso, ¿qué objeto tendría la creación misma?

Finalidad de las obras de la Naturaleza

Que el objeto de la ordenación de los elementos inertes sea la vida vegetal, resulta evidente del estudio de la Naturaleza. Que la vida vegetal está subordinada o dedicada a la existencia animal, también. Que la más alta forma de vida animal es el hombre, no cabe dudarlo. Pero, ¿cuál será el objeto del hombre? ¿Se termina aquí la escala? ¿Es el hombre mortal un objetivo bastante grande para que diera lugar a la creación? Nada que no sea permanente o eterno parece un objetivo digno del Ser que posee en sí mismo la eternidad.

A la luz de lo que venimos diciendo, podemos considerar a la Divinidad bajo dos conceptos: O bien tenemos que imaginarnos al Creador como a un niño que se entretiene en hacer burbujas por el placer de deshacerlas; o pensar en Dios como el Padre Universal, que está formando y educando una vastísima familia de seres capaces de darse cuenta de su existencia y de relacionarse agradecidamente como su benigno Hacedor.

Excusado es decir que este último concepto nos parece mucho más digno y más de acuerdo con nuestra conciencia y con el conjunto de la Naturaleza que nos rodea.

Sabemos por experiencia que cualquier ser inteligente cuando se dedica a la realización de un objeto lo hace con algún propósito determinado, y que siempre el propósito tiene, en la estimación del autor, más valor que los materiales que emplea, de otro modo no malgastaría en ello su esfuerzo. ¿Cuál era, pues, el propósito de la Divinidad cuando dio origen a la materia organizada y a los seres vivientes de la Naturaleza? No sabemos cuál puede haber sido el objetivo en otros mundos. Es lógico suponer que algún gran propósito moral preside la creación entera. Mirando empero a este mundo, el único que por ahora conocemos ¿no es a todas luces, la raza humana? Y el objetivo de la raza humana, tan elevada por encima de todos los seres animados que la rodean, ¿cuál será?, ¿el polvo del sepulcro?

Si la gradación que va de la materia bruta al

hombre no aboca a nada más que a un nuevo descenso brusco a la materia, la creación o la evolución, que para el caso es lo mismo, se nos aparece completamente sin sentido. Si el cuerpo humano es, en cambio el instrumento adecuado para morada de un ser espiritual y eterno, deja de ser un inexplicable capricho la vasta organización del conjunto de la Naturaleza.

No se puede decir que el hombre cumple su destino con dar origen a generaciones más civilizadas y más perfectas, pues éste, con ser un objetivo muy propio y digno de nosotros, seres limitados, no lo es en manera alguna para el Ser Eterno. ¿No ha de extinguirse o desintegrarse alguna vez nuestro sistema planetario, según nos dicen los hombres de ciencia? ¿Y de qué habría servido el desarrollo de la cultura y de la civilización humana, por alta que ésta llegase a ser, cuando nuestro planeta se halle danzando como un astro frío, agotado e inhóspito, alrededor de un sol decadente?

El desarrollo de la humanidad en este solo planeta no sería un objetivo digno de un Ser que tiene el infinito y la eternidad ante sí. La finalidad del Creador no se comprende, a menos que consideremos nuestro mundo como una de las muchas habitaciones del insondable Universo, donde una de las familias morales del Padre Celestial está desarrollándose y siendo probada para fines espirituales y eternos, habiendo recibido, según creemos los cristianos, una prueba suprema del infinito amor de

que es objeto por parte del Divino Padre (Juan, 3:16).

Consideremos el asunto desde el punto de vista evolucionista, que es aquel que comúnmente adoptan los filósofos materialistas. Según dicha teoría, todos los seres de la Naturaleza no son sino una multitud de ensayos frustrados para dar lugar al desarrollo del hombre, el único animal que ha tenido la fortuna de alcanzar la mayor medida de inteligencia. La Biblia nos dice que el mundo fue creado para el hombre; la evolución nos presenta al hombre como señor del mundo por haber sido el único ser que ha alcanzado el máximo grado de evolución mental. La cuestión fundamental en ambas concepciones es que el hombre debe ser considerado como un ser único y excepcional en la Creación. Pero ¿para qué esta excepcionalidad si el hombre no tiene un destino eterno?, y ¿para qué, en tal caso, la misma creación o evolución?

El modo de la revelación

Si la vida del hombre no termina en el sepulcro, es evidente que necesitamos conocer la voluntad de Dios durante nuestra existencia terrestre, a fin de prepararnos para la vida ulterior.

Pero ¿ha dado el Creador tal revelación de su voluntad? ¿Es posible y probable que el Autor supremo del Universo se haya manifestado alguna vez a un pequeño planeta que no es sino un grano de arena en su vasta creación? Y si es posible, ¿por qué no se revela de un modo evidente y definitivo

que no deje lugar a dudas en las mentes y corazones de los hombres? ¿Por qué permite a tantos hombres vagar en la duda respecto a su voluntad?

Antes de responder a estas trascendentales cuestiones, deberíamos preguntar al lector escéptico qué entendería por una manifestación evidente de la Divinidad. Le creemos bastante sensato para comprender que el hombre finito no puede percibir con sus sentidos al Ser Infinito. Queda, pues, descartada la cuestión de «ver a Dios» en un sentido directo. Se trataría, en el mejor de los casos, de ver alguna manifestación suya, por ejemplo, la aparición de algún ser sobrenatural dotado del poder de hacer milagros indiscutibles, para que pudiéramos poner fe absoluta en lo que nos revelara de parte del Ser Supremo.

Bien, pues esto mismo y algo más es lo que pretendemos los cristianos que ha tenido lugar. La Navidad es una rememoración de tan fausto acontecimiento.

«Ah, sí —dirá el lector—, pero hace de ello tantos siglos, si es que realmente sucedió, ¿cómo podemos nosotros creer cuando no hemos visto ninguna estrella misteriosa, ni oído cantares angélicos, ni ninguna otra cosa que se aparte del curso regular de la Naturaleza? Una revelación divina debería tener lugar en cada siglo, y aún mejor en cada generación, para que todos los hombres pudiéramos verla y comprobarla por nosotros mismos. Entonces ten-

dríamos evidencia de que Dios existe y de que estamos en comunicación con El».

Aceptamos lealmente todo el peso de esta idea por la sencilla razón de que los cristianos sinceros hemos deseado muchas veces lo mismo. No otra cosa expresamos en la tan repetida súplica: «Venga tu Reino; sea hecha tu voluntad en la tierra como en los cielos». Nosotros creemos y esperamos que vendrá un día cuando el pecado será quitado y Dios podrá revelarse a este mundo como en cualquiera de aquellos «lugares celestes», donde El es conocido y adorado de un modo digno. ¡Bendita edad aquella cuando el mundo dejará de ser una anomalía horrible dentro de un universo obediente y sumiso a la voluntad siempre bendita de su Creador!

Dios no se revela al capricho humano

Si Dios no se revela cuándo y cómo quisiéramos, tendrá para ello sus fundados motivos. ¿Quiénes somos nosotros para discutirlo? Pero nadie se apresure a negar sus posibilidades a este respecto, ni trate de fijarle normas recordando que a El es a quien toca determinar y a nosotros observar, asegurarnos y creer; esto es, aceptar humildemente la expresión de su voluntad revelada, no sea que Dios se haya manifestado ya y nosotros hayamos pasado altivamente de lado, sin percibir su voz. Es bien seguro que Dios nos declarará un día por qué sus revelaciones a este mundo no han asumido aquellas formas que nuestra imaginación pedía, del mismo modo que hoy nos explicamos el porqué de ciertos fenómenos de la Naturaleza que nuestros antepasados no comprendían.

Es muy posible que aquellas manifestaciones milagrosas que ciertos hombres desearían ver para asegurarse de que Dios les habla, no producirían el resultado que se imaginan. Quien no quisiera aceptar la doctrina que viniera acompañada de tales señales, hallaría la manera de olvidar tal obligación, atribuyendo los hechos a cualquier otra causa que a una manifestación evidente de la Divinidad. Se inventarían teorías ingeniosas atribuyéndolo todo a sugestión o magnetismo, y si la evidencia de tales señales no diera lugar a ello, se hablaría de leyes o fuerzas desconocidas en la Naturaleza. Es decir, se apelaría a cualquier explicación, por ridícula que fuese, para negar la evidencia de aquellas cosas que a los hombres no les gustara creer.

Adhesión voluntaria o coacción

Se ha dicho que una forma persuasiva de revelación divina sería la de los castigos continuados sobre todo ser humano desobediente a aquella forma determinada de doctrina revelada por la Divinidad. Ello traería, según piensan algunos, la verdadera unidad religiosa y establecería la evidencia de las verdades religiosas.

Pero esta forma es inaceptable para todo aquél que conoce el verdadero sentimiento religioso, con sus características de libertad, y espiritualidad. La

religión, es, por su esencia, la reunión espontánea y voluntaria de un ser libre con su Creador. Por esto, la intolerancia religiosa ha dado siempre resultados desastrosos y contraproducentes.

La concepción más pura del Cristianismo declara que la conversión, o sea la aceptación de Jesucristo como Salvador y Señor, debe ser algo tan voluntario y espontáneo como el idilio de dos amantes, cuyos corazones se encuentran. El fenómeno de la conversión únicamente es real cuando podemos darnos cuenta de que: de un modo irremediable Jesucristo nos ha ganado el corazón. La misma idea del infierno sólo sirve para endurecer a los hombres, si nos referimos a él como castigo espantoso de un Dios sin misericordia y no como un grave peligro de carácter inevitable para mantener la santidad en el Universo; un peligro que, por la naturaleza misma de las cosas, el santo y justo Dios no puede evitar; una realidad asaz terrible y triste como para que el amor supremo del Divino Verbo se sintiera constreñido a librarnos del mismo a toda costa, haciéndose carne humildemente y sufriendo por nosotros en la cruz.

Una intervención evidente y terrorífica de Dios en este mundo, dada la naturaleza caída de los hombres, no haría sino aumentar la rebeldía de éstos al considerarse esclavizados por un Ser irresistible. Sólo el amor puede cambiar este sentir de nuestra naturaleza y darnos a entender que la voluntad del ser amado es buena, cualquiera que ella sea.

Ejemplos de esta realidad moral pueden hallarse a millares en la historia humana. Casi siempre lo mejor que ha dado de sí el hombre ha sido producido por el amor. El amor a un semejante o a un ideal, cualquiera que sea, ha sido la causa de los más sublimes heroísmos y abnegaciones; la coacción, en cambio, no ha producido jamás otra cosa que reacciones de rebeldía y malestar.

El mundo se halla a prueba

En segundo lugar, tenemos motivos para considerar que si Dios no se revela de un modo constante a este mundo es porque se halla en un período de prueba. Tiene que demostrarse qué produce de sí mismo el pecado; qué harán los seres humanos dejados a su arbitrio, sin que la Divinidad intervenga más que por medios espirituales de persuasión.

Está en el plan de Dios no intervenir para obligar a los hombres a cumplir sus deseos, pero como el padre que se halla lejos no abandona al niño enteramente a su suerte, Dios no ha abandonado del todo a la humanidad. Su voz nos habla en la conciencia y por la Sagrada Escritura.

Una de las razones de este aparente abandono, según podemos colegir a la Revelación Bíblica, es que alguien en el Universo acusó a Dios por imponerse con exceso a sus criaturas, dictando reglas morales y obligándoles a cumplir su voluntad. La acusación no podía ser más injusta, pero fue repe-

tida por este enemigo y creída por los primeros hombres en el Edén, y desde entonces Dios parece haber dejado a la humanidad libre de su tutela, por lo menos en el sentido coercitivo, si bien no nos ha dejado sin testimonio, revelándose a nosotros por métodos persuasivos: por las obras de la Naturaleza, por nuestra conciencia y, sobre todo, por la venida de Cristo al mundo.

Esta pasividad divina, sobre todo ante casos graves de luchas y expoliaciones, de errores y persecuciones sangrientas, puede ser mal interpretada por los que consideramos la historia de la humanidad desde este lado del sepulcro; en cambio, para Dios, que ve la muerte como un paso inevitable y liviano a una vida mejor, los horrores del anfiteatro y otras clases de persecuciones religiosas no significaban sino un medio para atraer a su verdadero destino a almas redimidas y dignísimas que glorificaban a su Creador y Señor con la firmeza de su heroico sacrificio. Puede, además, que esta firmeza haya producido incalculables beneficios, no solamente a los humanos que les seguimos y somos aleccionados por su ejemplo, sino a otros seres espirituales que habrán visto admirados a qué alturas puede llevar la fe y el amor a Dios. Los mismos ángeles rebeldes, que desconfiaron de Dios, habrán tenido de este modo ocasión de convencerse de que es posible acatar la Voluntad Soberana, sin entenderla, aún en las circunstancias adversas en que viven los hombres; y ha de haber sido para ellos una severa lección de reproche.

Por esto comprendemos ahora, y lo entenderemos mucho mejor algún día, que no convenía que Dios interviniera en favor de sus mártires, por muy doloroso que ello fuese a su corazón de Padre.

Pero, si Dios no interviene constantemente para coaccionar a los hombres y obligarles a creer una determinada forma de doctrina, hallamos ejemplos en la Historia que nos permiten afirmar que El ha intervenido ocasionalmente para iluminar y guiar a los hombres en el camino de su deber moral.

Buscar esta revelación; convencerse de su realidad y obedecerla leal y fervorosamente es el deber de toda alma humana que desea afrontar felizmente y sin riesgo la gran prueba que nuestra misma conciencia nos hace adivinar se esconde detrás de la muerte.